

REVISTA GRÁFICA



TOS, CATARROS, INSOMNIO
JARABE del **DOCTOR FORGET** de **PARIS**
Calma los Dolores Prescripto por los Medicos.
REHUSAR TODA IMITACION
Exige la Paja Roja en siete idiomas.
EN TODAS LAS BOTICAS

SIROP **DEPURATIVO VEGETAL**
Jarabe doctor **CHABLE**

— EL MAS EFICAZ DEPURATIVO DE LA SANGRE —

Se vende en Farmacias y Droguerías

Aberdeen

Sastre
Escocés

1, rue Auber
Y
5, b. Malesherbes
PARIS

Casa fundada en 1881

El mayer surtido
en paños ingleses
y escoceses : ::

Especialidad en Homespuns



Marcador ATLAS

para todas las máquinas de imprimir

No tiene cordón y se aplica á todos los sistemas de máquinas. Velocidad ilimitada. Ajuste perfecto. REVISTA GRAFICA está tirada con este marcador.

Otra especialidad de la casa Atlas: Máquinas para fabricar sobres.

Talleres del Atlas:

4. Passage de l'Atlas, Paris

CATARROS
antiguos
y
recientes

TOS, BRONQUITIS
radicalmente **CURADAS**
POR LA

SOLUCION
PAUTAUBERGE

que procura **Pulmones robustos**,
despierta el **Apetito**, aumenta
las **Fuerzas**, seca las **Secreciones**
y preserva de la

TUBERCULOSIS

L. PAUTAUBERGE, 10, r. de Constantinople, Paris y todas Farmacias.

REVISTA GRÁFICA

PERIÓDICO QUINCENAL HISPANO-AMERICANO

Año 2

1.º de Argoto

Precio

60 cént.

Actualidades, Literatura, Ciencias y Artes

Director: José MUÑOZ ESCAMEZ

222, Boulevard Saint-Germain, París

Teléfono 757-90

Sucursal, 3462, Bartolomé Mitre, Buenos-Aires

N.º 27

Suscripción

20 francos

por año

LA GUERRA EUROPEA

♦ ♦ ♦

JAMÁS Europa atravesó circunstancias más críticas. Austria, en su odio por Serbia, ha puesto en inminente riesgo la suerte de las naciones europeas. La pluma tiembla en nuestras manos, cuando pensamos en la horrorosa contienda que se avecina. ¿Podrá localizarse el conflicto? Las cancillerías trabajan para lograrlo, pero a estas horas el éxito de estas gestiones casi han fracasado. Rusia movilizó contra Austria, Alemania movilizó contra Rusia, Francia contra Alemania, Inglaterra prepara sus formidables escuadras, y en una palabra, el conflicto es tal como jamás los humanos han visto nada semejante. Quiera Dios evitar la conflagración europea.

Una lucha de tal magnitud sería la ruina de la humanidad entera. La guerra es una terrible maldición, y por eso, entre el fragor de los pueblos que se preparan al combate, se oye con emoción profunda la dulce voz del Pontífice que repite las palabras divinas: Et in terra pax hominibus...



Un disco de los ferrocarriles franceses, guardado por un centinela.



El puente de Mulhouse, sobre el Marne, cerca de París, es guardado militarmente.



VISTA DE LA CIMA DE LA GRAN MOTTE

LA MONTAÑA

o o o o o

ALPINISMO

PARA el profano que por la mañana se despierta en una villa de los Alpes, después de una larga noche de ferrocarril, la montaña aparece como una hermosa decoración. El viajero que contempla por primera vez este espectáculo, concede una atención curiosa y desinteresada á los aspectos diversos de la roca, á los pinares y á las cimas nevadas que descubre. De una sola mirada, recorre crestas, barrancos y prados; y en esta montaña, todos los picos que se encadenan, cortados de vez en cuando

por los valles, no forman, vistos desde la villa, sino un telón de fondo.

« Es preciso que vaya á ver eso » decimos familiarmente ante los amigos, mientras nos encaminamos al hotel... La montaña sólo se nos presenta en este momento como una curiosidad regional.



Entre los neólitos que la montaña atrae, existe gente más sagaz, pero que no ignora las rudas alegrías de las luchas emprendidas contra los obstáculos naturales, durante sus ascensiones en otras comar-



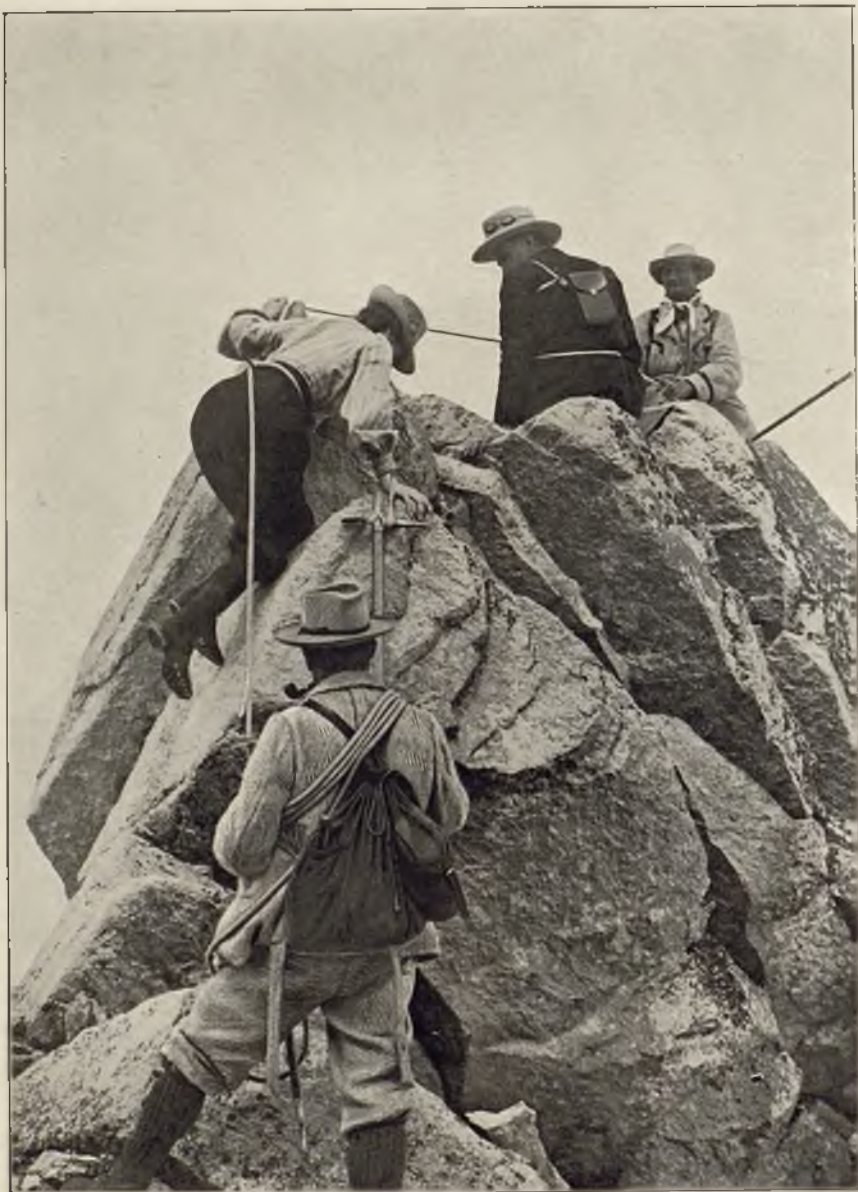
Saas Hada y el glaciar de Saas Hada.

cas. Estos últimos han oído alabar los veraneos deliciosos, los hoteles confortables, el mar de hielo; la moda ha atraído su atención sobre tal ó cual población, conocidísima por sus diversiones; el deporte ha conquistado con la *luge* y el *bosleigh* á los adherentes de la gran familia de aficionados á la vida de la montaña; pero muy pocos pueden

llamarse realmente alpinistas, sin fanfarronería.

Y no obstante, ¿puede dejar indiferente la montaña? Enrique Lavedán, uno de los escritores de ingenio más agudo, ha escrito párrafos vibrantes y poéticos, de los que debemos citar por su entusiasmo las siguientes líneas:

« ¡Cuántas veces he contemplado la



Cima del Portjengrat.

montaña — escribe—con ardor, con deseo, con entusiasmo, con pesar, con valor, con fatiga, con esperanza y espanto, con amor... y cólera! e inútilmente, si... Todo ello, que lo habían experimentado ya mucho antes de que yo existiera, desde hace centenares de siglos, los ojos puntiagudos como clavos, y los corazones férreos de los hombres, no pesa lo que una gota de agua, lo que un copo de

nieve para este gigante de la Impasibilidad. »

Inconscientemente, el profano es atraído hacia ella. Por haberla contemplado en demasia desde su ventana, será atraído por su misterio, por su aspecto de desafío; porque la montaña es activa, altiva de saberse inaccesible á los no iniciados, pues no se abandona nunca, sino que se entrega á los audaces.



Aguja de Argentière, vista del sudoeste.



Escalando una de las agujas.

Pasados algunos días, á veces varias horas de contemplación, nos sentimos invadidos por el irresistible deseo de conquistar la montaña. Se abandona la población pensando que la montaña se encuentra allí, á algunos pasos, á cinco minutos, y se piensa impacientemente que ya se va á llegar; mas, como en los cuentos de hadas, la montaña parece huir... siempre cerca y por largo tiempo lejana; un hada promete al audaz delicias

desconocidas cuando llegue á la cima; pero el camino es largo, largo... hay que bordear abismos, en los que el agua ruga; y los puentes son muy quebradizos.

En fin, el camino se yergue. Se ha llegado al pie de la montaña; pero ¿dónde comienza y dónde concluye? Diríase que se la ha atrapado, y aun vuelve á escaparse. Como un espectáculo cercano, pensábase encontrarle entero, inmenso, pero sensible. Por todos lados, alrededor de



Ascensión a la Gran Aguja de Pélen. — Los malos pasos del camino ordinario

uno, se extienden los praderas, los pueblos se amontonan y los altos son frecuentes... Se sube despacio, por caminos que serpentean, como para fatigar a los temerarios; comienza el arbolado, y después se ve la roca, los senderos ásperos, las quebraduras, los grandes peñascos que se yerguen hostiles e infranqueables, y el presuntuoso vuelve sobre sus pasos, más compenetrado del atrayente misterio, del que le fatigó, dejándole en el fondo del alma el odio y el desecho de un desquite.

El alpinismo.

De este deseo de desquite, sin duda alguna, nació el alpinismo. La voluntad conquistadora del hombre le ha conducido a crear una verdadera ciencia, una ciencia casi guerrera contra la montaña. Etapa por etapa, ha alcanzado todas las latitudes. En donde la audacia y la temeridad fueron estéri-

les, el hombre ha triunfado por la resistencia, el método y, si se puede decir, la prudencia.

No queremos entrar aquí en la técnica del alpinismo, sino únicamente mostrar a nuestros lectores al hombre en lucha con la naturaleza. Las fotografías han vulgarizado el aspecto de las corladuras, de los puentes de nieve, de las rocas amenazadoras. Todos conocen el traje ordinario y pintoresco del alpinista. La cuerda, el garfio, los zapatos claveteados, el traje de lana, se complementan, para las expediciones largas, con un saco que encierra las provisiones y una pequeña batería de cocina de aluminio, con una lámpara de alcohol. Así, el intrépido alpinista podrá preparar una comida en el primer sitio propicio, en el hueco de una roca, sobre la nieve, ó en uno de esos refugios construidos por el Club alpinista francés, del que hablaremos.

Pero lo que no conocen sino los alpinistas avezados, es la lucha atroz contra la nieve, el hielo y las rocas.

Con infatigable paciencia, el alpinista escala las más elevadas e inaccesibles cimas, no asustándole nada. Sondea la nieve antes de pasar, talla los peldaños en el muro de hielo, y pegado a la pared helada y vertical, sube, empleando dos horas y á veces más en elevarse á cincuenta metros.

— Todo es útil para él. ¿Hay dos paredes verticales bastante próximas? pues con la espalda apoyada en una y los pies contra la otra, sube por esta chimenea, y si se eleva una aguja de roca recubierta de hielo, la menor aspereza le servirá de punto de apoyo. El frío entorpece sus miembros, mas da vueltas alrededor de la roca, suspendido sobre el abismo. Tras de largos esfuerzos, un resbalón le hace perder el terreno ganado, mas, incansable y tenaz, vuelve la ascensión. Ya se puede imaginar los peligros de tales expediciones.

La organización del alpinismo.

Para permitir á los aficionados que practiquen el alpinismo con el menor





Situación peligrosa.

riesgo posible, el empleo de los guías locales, duchos en tales cosas, no ha parecido suficiente, y se sintió la necesidad de una organización general. Así nació, el 2 de abril de 1874, el Club alpino francés, que fué reconocido de utilidad pública el 25 de marzo de 1882. El objeto de este club es hacer conocer la montaña, que proporciona á cuantos van hasta ella los más hermosos espectáculos que ofrece la naturaleza. El club se compone de 50 secciones regionales y dispone anualmente de cien



Escalada.

mil francos. Puede también organizar excursiones de turismo, verdaderas exploraciones, facilitando el alpinismo por trabajos de montaña, como la construcción de refugios, organización de estaciones de deportes de invierno, dejando así á todos la iniciativa de conquistar la montaña.

Las lecciones y las alegrías del alpinismo.

El alpinismo, así practicado y así dirigido, es



Lado sur de la Brecha José Turco.

seguramente la mejor escuela de energía. Durante las ascensiones, es necesario más agilidad que fuerza bruta; la iniciativa asegura el éxito. Y qué hermosas lecciones de com-

pañerismo proporcionan tales ascensiones! ¡Atados los unos á los otros, una inadvertencia de uno cualquiera pudiera acarrear la muerte de todos los camaradas.

Esta es la escuela de energía leal que un alpinista célebre, Víctor Pouiseux, celebraba en un artículo titulado «La educación de las almas» y de la que su hijo decía, tras de haber vencido sus primeros temores:

«Nada más propio que esta educación por las



Otro momento de la ascensión.



Cerca de la cima.

cimas para desarrollar el gusto de la iniciativa; para disfrutar plenamente de una excursión así, me bastó haberla conocido y emprendido sin ayuda de nadie, aunque tuviese que comprar esta independencia por la molestia, por mayor prudencia y hasta por los fracasos. »

En los periodos de esta formación, se concluye por querer profundamente á la montaña. El interés científico ó deportivo del alpinista pasa á segundo término, y se va á la montaña por que se la ama.

Los esfuerzos de las ascensiones llevan la alegría consigo mismo; al regocijo de haber vencido á pesar de las fatigas y los desalientos, á pesar del frío y á veces de las tempestades, júnctase el sentimiento del peligro y los encantos del panorama maravilloso, de las pues-



Lado norte de la Brecha José Turco.

tas de sol, de las cimas enrojecidas, en fin, toda la poesía poderosa de la montaña.

Las mujeres han sido sensibles á esta poesía, y la joven moderna, que tiene necesidad de actividad física y moral y que desborda de vitalidad, gusta de la montaña con pasión más impulsiva que el hombre; complácese en el frescor del torrente después de las caricias del sol, y al retorno de las largas expediciones, que se pasa en alegres charlas y risas, cuando ha pasado la fatiga, la alpinista guarda de sus ascensiones tan

grande riqueza de recuerdos y de emociones, que al siguiente día se encontrará presta á nuevas luchas, á nuevas conquistas, y cómicamente ceñida en los trajes groseros de este deporte, marchará por las sendas silenciosas, trazadas en el hielo.



PRECAUCIONES FRANCESAS

La tensión de la situación política ha determinado al Gobierno francés á tomar medidas para la custodia de las vías férreas.



ACTUALIDADES

El dreadnought "Orion" y la escuadra inglesa movilizada á causa de los últimos acontecimientos, abandona Portland dirigiéndose no se sabe dónde. El Almirantazgo inglés guarda secreto el movimiento de la flota. La actitud de Inglaterra parecia dudosa en los primeros momentos de la terrible crisis actual, pero su conducta de ahora parece demostrar que marchará resueltamente con Francia. Su interés la llama de este lado pues tiene gran empeño en destruir la flota alemana. Dícese que la flota inglesa se dirige al Báltico, en donde la flota alemana ha tomado posiciones.



En Montdidier, M. Poincaré pronuncia un discurso desde uno de los balcones del Ayuntamiento.



S. M. el rey D. Alfonso XIII en las prácticas de artillería en el puerto de Navacerrada. Tal vez no hayan podido realizarse en mejor ocasión.



El infante don Carlos - en representación de S. M. el Rey - saliendo de los funerales celebrados en San Francisco e Grande (Madrid) por el alma de los archiduques de Austria asesinados en Sarajevo

Mitín celebrado en el Español (Madrid) para protestar del en carecimiento de las subsistencias



El cuerpo diplomático en Madrid saliendo de los funerales de San Francisco.

oo



Grupo de tiradores que han tomado parte en el campeonato Nacional de esgrima (aficionados) celebrado en Madrid.



El señor Martínez que ha ganado el campeonato de esgrima (Madrid).



Mesa presidencial del mitín del teatro Español contra la inexplicable alza de los precios de los artículos indispensables para la vida.



El rey de Serbia vigilando los preparativos de guerra.

oo



Los reservistas serbios dirigiéndose al cuartel son aclamados por la muchedumbre.

oo oo oo



El pueblo alemán pasea por las calles de Berlín los retratos de Francisco-José y de Guillermo y da vivas á la guerra. A la izquierda, el Emperador de Austria.

oo oo oo



El presidente de la República francesa, durante su viaje á Rusia, ha pasado revista á los ejércitos del gran imperio moscovita, comprobando su admirable organización.



M. Poincaré, acompañado del zar Nicolás II, á su regreso de la revista militar. Durante el trayecto, el presidente Poincaré ha sido calurosamente aclamado por la nación amiga.



M. Poincaré saludado por los marinos rusos á su llegada á Peterkof.



El presidente de la República francesa á su llegada á Tsarkoïéselo.



M. Poincaré y la zarina.

El proceso de Madama Caillaux.



1. MADAMA GUEYDAN, ANTIGUA ESPOSA DE M. CAILLAUX. — 2. EL PRESIDENTE DEL TRIBUNAL, M. ALBANEL. — 3. M. FRANTZ REICHEL, DEL «FIGARO». — 4. M. LAHORI, ABOGADO DEFENSOR. — 5. M. BARTHO. — 6. PROCURADOR GENERAL, M. HERBAUX. — 7. M. CECCALDI. — 8. M. CHENU, ABOGADO DE LA PARTE CIVIL.



Aspecto de la sala de lo criminal durante una de las sesiones del proceso Caillaux.

De todos es conocido el proceso Caillaux, que ha sacado á la luz pública harlos asuntos escandalosos, y que ha puesto en evidencia á gran número de hombres políticos.

Ante la barra de la sala han desfilado, como testigos, conocidas personalidades parisienses, promoviéndose enconadas discusiones entre los amigos de M. Caillaux, como Ceccaldi, y la parte contraria, como M. Barthou, que alacó á

su enemigo hasta en el terreno político.

El presidente del Tribunal, M. Albanel, que se esforzó en dirigir el debate lo mejor posible, estuvo á punto de desafiarse varias veces. Hasta el reciente viaje del presidente y los graves disturbios políticos parecieron olvidarse por algún tiempo, obsesionados con el proceso de madama Caillaux, que termina de una manera inesperada.



M. Ceccaldi y M. Caillaux, á la salida de la Conserjería.



La aristocracia inglesa por los caminos de antaño.

Foto central News.

COSTUMBRES DE VERANO



La aristocracia inglesa ha comenzado á dispersarse ya, terminada la «season», hacia sus castillos de Escocia, hacia las playas francesas y belgas, ó hacia los mares nortños, sobre cuya superficie resbalan como cisnes los yates blancos, que luego se refugian al amparo de las bahías noruegas, para descender hacia el sur, cuando empuenzan de nuevo los días nebulosos y destemplados del otoño. Muy pronto sólo quedarán en Londres los hombres de negocios, afanados en medio del hormiguero humano de la City, los extranjeros que trabajan ó estudian, la masa inmensa de los obreros, para quienes la posibilidad de un viaje no importa dónde, es como un cuento de hadas. Y es un espectáculo que llena de nostalgias indecibles, el de las estaciones ferroviarias cuando parten hacia el norte los expresos en que se van los privilegiados de la fortuna; la visión de tanta cara bonita y risueña, envuelta en la gasa de las tocas de viaje; de tantas manos finamente enguantadas como se agitan, á la despedida, por las ventanillas del tren que atranca; de los trajes á cuadros de los varones opulentos; de las maletas y los chirimbolos de viaje relucientes, recién comprados, ó ilustres ya con la policromía de las etiquetas

de hotel, recuerdo de anteriores correrías.

Pero la mayor parte de las gentes que se van, no lo hacen por ferrocarril, ni siquiera en automóvil. La moda ha resucitado los antiguos coches de cuatro caballos, sillas de posta ó «mail-coachs», que guían los señores mismos y que van por los caminos de la vieja Inglaterra despertando las alegres memorias de antaño. Coches como aquellos en que lord Byron hizo sus jornadas y en que un correo trajo á Londres la nueva de que Napoleón había sido batido en Waterlóo. Coches en lo alto de los que las muchachas evocan el tiempo de sus abuelas, y los caballeros imaginan ser contemporáneos de Jorge Brummel y del príncipe regente. Los caballos los arrastran con jovial estruendo. Y un lacayo sentado en el banco más empinado y trasero, toca una larga trompeta plateada, como se ven en las estampas que ilustran las novelas de Dickens.

Se hace alto en los mesones del camino, que todavía conservan nombres tradicionales, encantadores: «El ramo de olivo», «La cabeza del duque», «El león rojo», «El brazo del rey». Se bebe cerveza espumosa y negra, ó se apura una botella de vino de Francia, que el mesonero



El Támesis glorioso.

Foto central News

aporta triunfalmente, llena de telarañas, de la cueva. Se charla con los caminantes y los buhoneros, y hasta se les ofrece un trago, si por acaso van fatigados y sedientos. Los caballos piafan entretanto. Y cuando arrancan con algazara de gritos del postillón y restallar del látigo sobre los corceles, una chicuela calzada con zuecos de madera quédase boquiabierta á orilla del camino, porque los gansos que iban picoteando á su amparo se dispersan desparvoridos.

Las damiselas y los muchachos prelicren este modo de hacer el viaje. Aléjanse así no sólo de la ciudad, sino de la civilización contemporánea, con toda su prosaica velocidad. Los paisajes que pueden verse de tal suerte, serían apenas entrevistos en la carrera loca del automóvil. Para los viejos, ello tiene la dulzura de evocación de todas las cosas pretéritas. La

tendencia conservadora que podría señalarse como característica del espíritu de la sociedad británica, obtiene de este modo un pasajero triunfo sobre lo que antes se llamaba el «espíritu del siglo». La dulzura de la campiña inglesa entra en el alma de los viajeros, con sus perspectivas inesperadas y suaves — colinas sobre las que se abilan los cipreses, la hoz plateada de un río en medio de un vallecito verde, la torre gótica de una abadía asomando entre las frondas lejanas. — Los hombres de la ciudad, endurecidos por las fiestas mundanas, por las intrigas políticas, por la fiebre de los negocios, acorchados en su sensibilidad por los artificios urbanos, se dejan ganar por la emoción de la naturaleza, se ponen en íntima comunión con ella. Y cuando vuelvan á Londres, luego de haber estado lejos de él y viajado en lentas jornadas por el campo, no es aven-

turado creer que regresen un poco mejores, como si sus cuerpos se hubiesen regenerado y sus almas turbias lavado en un agua pura, lastral.

Y otras familias aristocráticas — ó, por lo menos opulentas, que aquí viene á ser lo mismo, — residen unas semanas en el Támesis. No sólo en los hoteles que bordean las orillas frondosas, sino en bajeles de placer, que son, á la vez, viviendas ligeras de maderas finas, de mimbres, de cristal, de telas claras y enormes *corbeilles* de flores. Estos navios, en los que se vive durante unas semanas, van á remolque de lanchas de vapor ó gasolina, y se dejan anclados en los remansos más propicios, donde el paisaje es más bello, y más azul y perfumada la sombra en las horas matinales. Las damas viven una existencia libre, vestidas ligeramente con kimonos de

seda, sentadas en las terrazas sobre butacas de mimbre, á la sombra de los toldos de lona, leyendo ó tocando el piano y, á veces, indumentadas con una falda y un jersey de lana blancos, para remar sobre frágiles y rápidos esquifes.

De un barco á otro se tienden pasarelas. Así se constituye una ciudad flotante y efímera, que por las noches se llena de alegres luminarias, y en torno á la cual el río mismo se desliza lentamente, peregrino, como si quisiera que se diera allí y no se fuera al horror y al Londres, que le eslejos. Ciudad pláida que á todas len músicas y un de ociosidad y de dad perturbador. cas saltan á tierra gar al tennis en los que vienen á hun-

siera que guir hadolor de pera á lo centera, horas sa perfume frivoli- Las chi- para ju- campos dir sus



Hacia la campiña.

Foto central News.

praderas en el azud del río. Á veces bogan por parejas en barcos afilados y aguzados, y compiten y regatean. En ocasiones se bañan, y como náyades se sustraen á las miradas curiosas é indiscretas, debatiéndose entre espumas. Y por las noches, sobre las terrazas, á la luz profusa de los arcos voltaicos, el espectador puede contemplar á los habitantes de los palacios flotantes vestidos para la comida, elegantes, impecables, ceremoniosos.

Luego, en el mismo escenario, tiene lugar la regata de Henley. En estas fiestas deportivas, los ingleses muestran un gran entusiasmo. De Londres remontan el curso del Támesis millares de embarcaciones, llenas de gentes modestas que van á admirar la ciudad fluvial y placentera y á sus habitantes. ¡Cuánta melancolía, concluida la regata, vuelve con los barcos de muchachas humildes y plebeyas, hacia Londres, río abajo!...

Pero también el Támesis, como un abuelo espléndido, se da á la multitud durante el estío. En ambas márgenes, pasado el puente Richmond, hay salones de té, hoteles baratos, restaurants. Sus terrazas caen al río. Sus orquestas de tziganes falsificados ejecutan, igualmente mal, los mismos aires lánguidos que los de los establecimientos lujosos. Sus barquichuelos,

yolas, esquifes, botes ligeros, están á la disposición de todos los Lohengrin que dispongan de unos chelines. Y los paisajes circundantes son tan magníficos, tan risueños, tan insinuantes, como los que rodean aquellas otras naves de los elegantes y de los ricos. Las modistillas y los oficinistas, las vendedoras de almacén y los horteras, vestidos todos de blanco, surcan la corriente apacible en parejas, sobre los barquichuelos alquilados, ó toman el té oyendo el mismo vals que mere los sueños de las duquesas río arriba. Y cuando reman, y cuando sentadas á la popa de la pequeña embarcación se asoman sobre la lenta corriente, el cristal del agua copia con igual complacencia sus bustos, su rostros curiosos y risueños, sus cabelleras rubias, sus ojos claros.

Esto ocurre en las tardes de los domingos, cuando todas las chimeneas de la ciudad han dejado de humear, y todos los silbatos de las fábricas están mudos. En una extensión de muchos kilómetros, á lo largo del ancho y manso río, lleno de gente, pasa como una palpitación del corazón inmenso de Londres, como una brisa de suspiros, como un «rumor de besos y batir de alas».

JUAN PEJOL.



El anarquista Malatesta, que durante algunos días implantó la República en una región italiana, y que merced á un disfraz de labrador ha logrado escapar de su país y llegar á Londres.



LA IGLESIA DEL ROSARIO EN LOURDES
Momento de la salida de los congresistas, después de la Comunión.

EL CONGRESO EUCA- RÍSTICO DE LOURDES



EN Lourdes, la tierra de los milagros, se celebra en estos días el tercer Congreso Eucarístico. Como á los de Madrid y Viena, han acudido católicos de todas las partes del mundo. Más de ocho mil personas se reunieron en el anfiteatro del Rosario el día de la inauguración, bajo la presidencia del Legado Pontificio monseñor Pignatelli, ocho cardenales y más de cien obispos.

Habló cada orador en su lengua materna, lo que dió al Congreso un carácter de universalidad imponente. Al ver levantarse á los príncipes de la Iglesia y emplear cada uno de ellos un idioma diferente, hubiérase dicho que se asistía á un nuevo Cenáculo de los Apóstoles, en el momento en que el Espíritu Santo les infundía el don de lenguas para que predi-

casen la Buena Nueva por toda la Tierra.

Y, sin duda, allí estaba con ellos el Espíritu Santo. La inspiración de los oradores y el estremecimiento que circulaba entre los congregados al escuchar la palabra divina, eran de ello fehaciente prueba. Y entre aquella muchedumbre, venida de todos los ámbitos del globo para oír la voz de sus pastores, se elevaba la dulce voz del enviado pontificio diciendo: *Estamos en Lourdes, donde reina María, que ha establecido aquí su trono predilecto.*

Monseñor Heylen, obispo de Namur, el Legado Pontificio, el cardenal Netto (portugués), el arzobispo de Arnagh, el de Nueva York, el de Sevilla, el de Santa Severina y el Kœnigraetz, hablaron en la sesión inaugural, que cerró con broche



La famosa gruta de Lourdes, en donde se venera la milagrosa imagen de Maria

de oro el cardenal Luçon, cuyas palabras elocuentísimas arrebataron al auditorio. « Jesús se dirige desde la Eucaristía á los pueblos con los amorosos brazos abiertos para recibirlos, preguntándoles:

— ¿Estáis conmigo ó contra mí?»

Tal fué la síntesis de su maravilloso discurso, pronunciado en un medio tan grandioso que hará de esta sesión algo inolvidable.



S. E. el Cardenal Pignatelli, Legado Pontificio, recibiendo el homenaje de algunos congresistas.



Durante el reinado de Luis Felipe, de 1830 á 1848, las calles de París vieron ensangrentadas por republicanos y realistas.

Héctor Berlioz anecdótico, y la sociedad francesa de 1830.

Nací, comienza en sus Memorias Héctor Berlioz (1), el 11 de diciembre de 1809, en la Côte-Saint-André, pequeña población de Francia situada en el departamento de Isère, entre Vienne, Grenoble y Lyon.

« Durante los meses que precedieron á mi nacimiento, no soñó mi madre, como la de Virgilio, que iba á dar al mundo un ramo de laurel. Aunque sea muy doloroso para mi amor propio esta confesión, debo añadir que tampoco creyó, como Olimpia, madre de Alejandro, llevar en su seno un tizón abrasador. Esto es muy extraordinario, convengo en ello, pero es verdad. Vine al mundo como todos, sin ninguno de los signos precursores en uso, en las edades poéticas, para anunciar la

venida de los predesignados de la gloria. ¿Será debido todo á la falta de poesía de nuestra época? »

La Colina de San Andrés es una bonita población enclavada en los flancos de una exuberante y riñente colina, como lo indica su nombre, desde la que se descubre una extensa llanura, por la que Berlioz paseó miles de veces complacido, y que recordaría en todas las peripecias de su vida con agrado y quizás con lágrimas en los ojos, pensando probablemente que en aquella naturaleza desbordante, entre los boscajes llenos de nidos, sus ensueños de artista hubieran encontrado un eco cariñoso, y no como en la capital, en la que tanto luchó para imponerse, lo que no logró, sino después de muerto, por su desgracia.

El padre del músico, Luis Berlioz, era

(1) Calman-Lévy, editores.

médico rural, pero hombre de mérito y bondadoso. Según testimonio de su propio hijo y de otras muchas personas, trabajaba constantemente, sin ánimo de lucro, y prestaba el auxilio de su ciencia á los indigentes. Los trabajos de investigación científica absorbíanle también no poco tiempo, y cuando en 1810 la Sociedad de Medicina de Montpellier abrió un concurso acerca de una importante cuestión en el arte de curar, Luis Berlioz escribió una Memoria notable, que obtuvo el premio.

Al contrario de su hijo, Luis Berlioz poseía un espíritu muy ponderado, y en la pequeña población de San Andrés, pues no contaba más de cuatro mil habitantes, era el consultor obligado en cuantos asuntos difíciles se presentaban. El músico recuerda siempre con ternura á su padre, comprendiendo ya con la claridad y experiencia de los años los muchos sacrificios que hizo por él y la gran abnegación de que siempre dió muestras aquel filósofo bonachón, que de todo entendía, pues hasta de música dió lecciones á Héctor Berlioz.

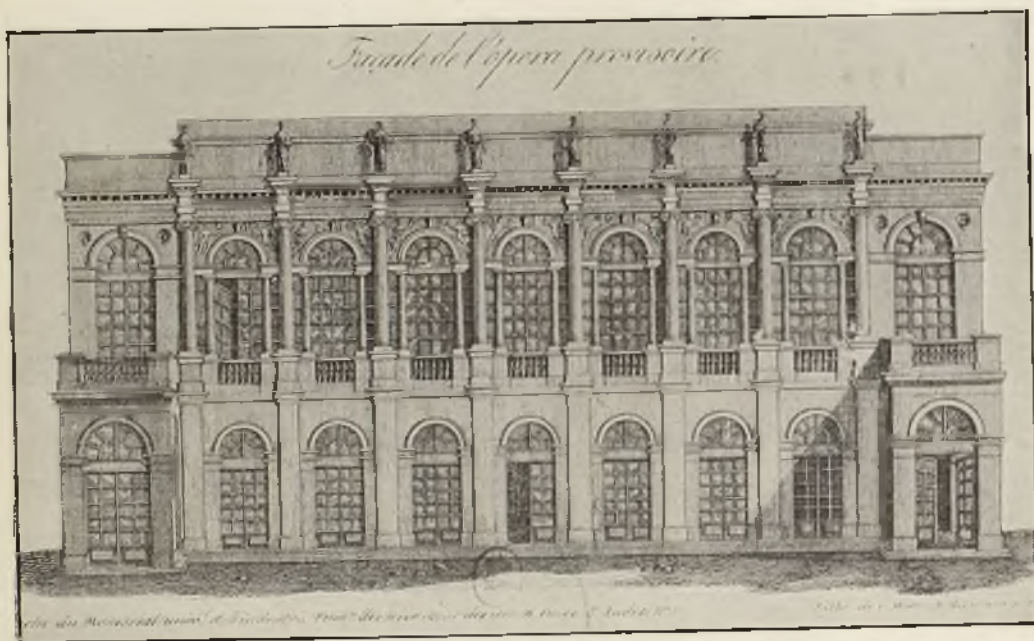
A los diez años de edad, el futuro compositor fué presentado en el Seminario de San Andrés para comenzar el estudio del latín; pero, al poco tiempo, fué retirado

de este centro de enseñanza, pues el mismo padre quiso ocuparse de la educación de Héctor, que recibió una instrucción bastante vasta.

« ¡Pobre padre! — escribe el músico en sus memorias, — con qué paciencia infatigable, con qué cuidado minucioso é inteligente me ha enseñado los idiomas extranjeros, la literatura, la historia, la geografía ¡y hasta la música!

» ¡Cómo podría mostrarme mayor ternura! ¡Qué pocos padres harán lo mismo! No me atrevo á creer, sin embargo, que esa educación de familia sea tan ventajosa como la educación escolar, bajo ciertos aspectos. Los hijos quedan así en relaciones exclusivas con sus padres, los criados y los amiguitos que se les ha escogido, no acostumbrándose, desde muy jóvenes, al rudo contacto de las asperezas sociales; y yo sé, con certeza, que á este respecto fué un niño ignorante y torpe hasta los veinticinco años. »

Como ya se ha dicho, la pequeña población de San Andrés no contaba con grandes colegios; pero el médico poseía una abundante y escogida biblioteca y Héctor tuvo en donde saciar esa curiosidad insaciable de la juventud, capaz de leer cuanto caiga bajo sus manos, aunque sean los li-



Fachada de la antigua Ópera de Paris.



Paris se revoluciona durante el reinado de Luis Felipe, para hacer caer del ministerio al jefe del partido liberal, M. Laffitte.

bro más extravagantes. Así, después de haber leído las obras de los filósofos más reputados de la época, por los que su padre profesaba gran admiración, descubrió, en la obra titulada la *Bibliografía universal*, varias notas relativas á Gluck y Haydn, y luego, á los diez y seis años de edad, el tratado de armonía de Rameau, que estudió con entusiasmo, pero del que no sacara gran provecho.

Una cosa faltaba en San Andrés: los pianos; y si no hubiera sido porque tropezara con una sola guitarra y un flautín en los desvanes de la casa, difícilmente hubiera podido satisfacer su gran pasión. ¡Berlioz tocando la guitarra! Mas no importa, su alma excesivamente sensible sabrá aprovecharlo todo y escribirá un *quinteto*, para dos violines, viola, violoncelo y flauta, al poco tiempo.

Berlioz, el bello tenebroso, como burlescamente le llamaba uno de sus colegas, fué víctima en su juventud, anuncio de su futuro carácter, de una melancolía inexplicable, y cuando se ponía á escribir no le era posible sustraerse á este estado de alma, sino que al contrario, abismá-

base más profundamente en sus ensueños de poeta exaltado, llegando á componer trozos desgarradores, cuyas palabras tampoco tenían nada de consoladoras para un joven de su edad. Hé aquí una de las estrofas publicadas en sus memorias.

*Je vais donc quitter pour jamais
Mon doux pays, ma douce amie,
Loin d'eux je vais traîner ma vie
Dans les pleurs et dans les regrets!
Fleuve dont j'ai vu l'eau limpide,
Pour réfléchir ses doux attraits,
Suspendre sa course rapide,
Je vais vous quitter pour jamais! (1)*

Acercábase el momento de la partida para Paris, y el doctor Berlioz, decidido á que su hijo siguiera la carrera de medicina, le llamó, poniéndole en las manos un tra-

(1) Voy á abandonar para siempre — Mi tranquilo pueblo, mi sosegada vida, — ¡Lejos de ellos, arrastraré mi vida — Entre lágrimas y pesares! — Río cuya límpida agua he visto — Para reflejar sus dulces encantos — Detener su rápido curso — Os quitaré para siempre.



De izquierda á derecha : Paulina García-Viardot, George Sand, baronesa de Staël, señorita Smithson, amigas de Berlioz.

lado de anatomía y prometiéndole si desistía de sus antiguas ideas (el joven intentó varias veces que su padre le diera permiso para estudiar la carrera musical) que le regalaría una magnífica flauta.

El joven, que por aquellos días tropezara con unas cuantas obras musicales de interés y que acariciara más ardientemente que nunca la idea de consagrarse al arte musical, no se atrevió sin embargo á contradecir á su padre, por el respeto que le inspiraba aquel hombre tan abnegado con todos y muy especialmente con él, pues se puede decir no omitió sacrificio alguno para educarle como era debido. Además, Héctor quería mucho al autor de sus días y no hubiera deseado contrariarle. Después, ya en París, resistirá á las amonestaciones paternas y continuará por el camino del arte, horrorizado sólo con pensar que había estado á punto de molograr su existencia en las salas de disección ó junto á la cabecera de los en-

fermos. Su alma de músico no comprendía que se empleara así la vida.

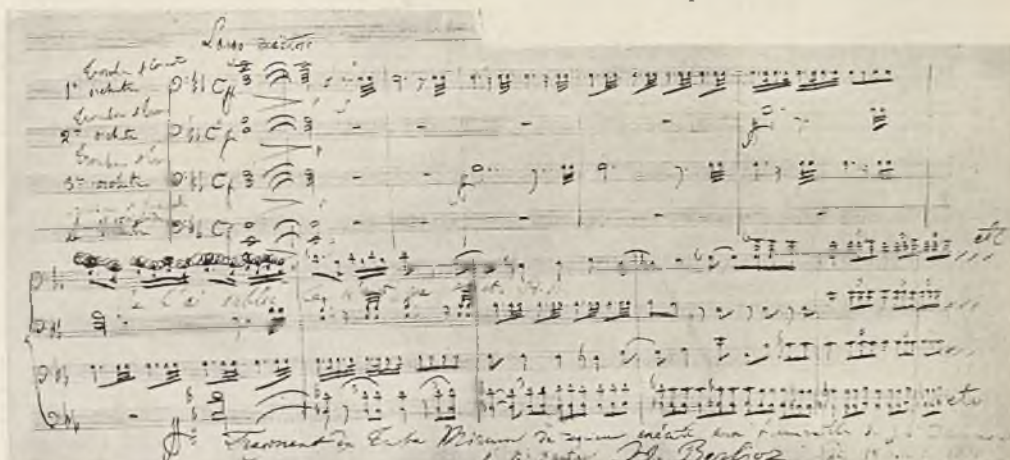
Entre la juventud romántica de 1830, el joven Berlioz iba á destacarse como ninguno, porque su temperamento, desequilibrado completamente en las crisis que sufrió durante su existencia, se abandonaría por completo á la enfermedad de la época. En otros artistas, más cuidadosos de su provecho personal que amantes de la idea que consumió á Berlioz, esta exaltación romántica hallábase sabiamente regulada; en el gran compositor no hubo nunca cálculo alguno, y derrochó la vida á manos llenas. Y si es cierto que supo maniobrar en la vida para que sus obras tuvieran el mejor éxito, reproche que no han dejado de hacerle todos sus biógrafos, acusándole casi de avaro, en sus composiciones nunca escalimó los tesoros de su sensibilidad enfermiza, aun sabiendo que tan grande agitación y tan tenaces luchas por el ideal consumirían su frágil salud en breve plazo.

El romanticismo en Francia. Entrada de Berlioz en París.

El romanticismo conmovió profundamente las ideas, y el arte francés, durante la Restauración, la Monarquía de Julio (reinado de Luis Felipe) y el Segundo Imperio hallábase sometido á la influencia de la nueva escuela, que declarando la guerra á la tradición, atropellará todo lo arcaico, reivindicando la completa libertad de la inspiración y de la ejecución.

su padre, á quien siempre tuvo gran respeto, Héctor se decidió cierta mañana á ir con su amigo al anfiteatro de medicina del Hospital de la Piedad, á fin de comenzar las clases prácticas, para habituarse á las disecciones.

El temperamento del joven músico no estaba templado para tal género de espectáculo, y en cuanto hubo pasado la puerta del anfiteatro, al ver las carnes desgarradas y sanguinolentas, le acometió tal pavor y repugnancia, que sin poderse contener saltó por una de las ventanas de



Autógrafo de Berlioz.

Tal revolución artística no fué espontánea, sino el resultado de los concienzudos y continuos trabajos emprendidos por Bernardino de Saint Pierre, Chateaubriand, madame Staël, Victor Hugo, Gauthier, Musset, Lamartine, Vigny, Jorge Sand, Sthendhal, sin contar á los pintores Vernet, Claudio Lorrain, Géricault, Delacroix, Carot; á los escultores David d'Angers, Rude, Carpeaux, Barye y á los famosos artistas extranjeros Goethe, Heine, Shakespeare, Wágner, Leist y Mendhelssohn, cuya influencia forzosamente sintió Héctor Berlioz, que como se ve llegaba á París en una época por extremo agitada, tanto política como artísticamente.

Héctor Berlioz vino á París, con su condiscípulo Robert, que como se ha dicho había comenzado á estudiar con el joven en San Andrés, y en quien el padre de Héctor tenía bastante confianza, por tratarse de un muchacho muy aplicado y serio.

Así, deseando cumplir la palabra dada á

la sala y entró en su cuarto á todo correr, no calmándose de su emoción sino mucho tiempo después, y jurando que no volvería á poner los pies en un antro tan espantoso.

Su amigo Roberto era obstinado, y para convencer al futuro compositor buscó todo cuanto pudiera molestar á Héctor, diciéndole que no comprendía como un hombre de carácter abandonaba una carrera de tanto porvenir, alegando repugnancias propias de una mujerzuela. Tras una discusión acalorada y pintoresca, Berlioz consintió en hacer un segundo ensayo y en volver á la escuela de medicina, al anfiteatro, al que, con gran asombro suyo, se acostumbró muy rápidamente.

Aunque no con interés, nos dice el mismo Berlioz, siguió pacientemente los cursos de anatomía, y distraído con la vida de estudiante y con la simpatía que le inspiraba su profesor Amussat, hubiera terminado por ser médico pero, dichosamente

para el arte y quizás por desventura para él, fué una noche al teatro de la Ópera á oír las *Danaídas* de Sallieri.

Dado su temperamento romántico y una gran inclinación por la música, ya puede suponerse la impresión que produjo en Héctor el espectáculo de una obra así, y en la Ópera. Durante días enteros no cesa de canturrear uno de los motivos principales de la obra, que había visto, y no piensa sino en la manera de volver al teatro para abismarse por completo á su ventura; pero lo que concluyó de modificar su carácter fué la legión romántica.

Para dar idea de las luchas á que, como hemos dicho, dan lugar las nuevas ideas, transcribiremos los incidentes entre los que fué representada por primera vez una de las obras teatrales más conocidas de Víctor Hugo, considerado en los comienzos de su carrera como el abanderado de la escuela romántica.

Víctor Hugo, uno de los genios que tuvo la rara fortuna de triunfar desde su juventud, consagró gran parte de sus primeros años á los trabajos teatrales, y hacia el año de 1829 no se hablaba en los cenáculos literarios sino de la nueva obra del gran poeta, de *Hernani*, que el comité del Teatro francés aceptara por aclamación.

Á pesar de tan buen comienzo, debido sin duda en gran parte al prestigio del autor, que había sido pensionado por Carlos X, los actores encargados de representar los papeles de la nueva obra lo hicieron bastante á disgusto, por dudar del alcance de ella, que encontraban harto colosal.

En un libro publicado por la librería Plon (1), *Retratos y Recuerdos*, de Hipólito Lucas, cuenta el autor que cierto día se encontrara de manos á boca con el poeta, que se dirigía al Teatro Francés para asistir al ensayo de su obra, acompañándole á donde iba. « En el camino, nos dice, le pregunté si estaba satisfecho de los actores.

« ¡Diablo! hálleme como un hombre que habiendo embotellado su vino en recipientes ya empleados, conservaran el gusto de algunos vinos añejos, y así hasta luego á no conocer el de mis toneles. »

Pero júzguese de la indignación de los

actores cuando Víctor Hugo les anunció que estaba decidido á suprimir los alabarderos, la *clac*. Aquello no se había intentado nunca en el teatro, y el pensar así era querer jugarse el éxito por un amor propio inexplicable. Pero ¿y el cenáculo de la joven Francia? Los artistas no sospechaban, á pesar de conocer las muchas simpatías con que contara Víctor Hugo y lo que representaba en la nueva falange romántica, lo que harían sus amigos, dispuestos á todo por contribuir al triunfo de sus ideales; y M. Pontmartin, en sus *Memorias* nos dice que, habiéndose encontrado en la calle á un tío suyo, M. Iluet, fué interrogado por este último:

« ¿Quieres ir á la primera representación de *Hernani*? »

— ¡Vaya una pregunta! — exclama el artista — dile á un joven abrasado por el amor si quiere que su Julieta le arroje la escala de seda desde lo alto de su balcón; pregunta al árabe perdido en el desierto si quiere encontrar en su camino el verde y fresco oasis; desliza al poeta famélico si quiere que Clevet le ofrezca *gratis* una cena de tres cubiertos; pregunta á una comparsa del Ambigú si quiere debutar en la Comedia Francesa; pide á...

— Tendré un billete para ti, maste prevengo que será durillo...

— ¡Duro! ¿Los versos serán fastidiosos? Entonces ¿se trata de alguna obra de Chapelain?

— ¡No, no! ¡De Víctor Hugo, y de lo mejor!... Los versos serán admirables; pero precisa estar en el teatro á las dos de la tarde, y probablemente el telón no se levantará antes de las ocho...

— Total, seis horas; seis onzas de chocolate y una naranja; ¡no pido más!

— ¡Oh! ¡qué hermosa es la juventud! exclama Pontmartin.

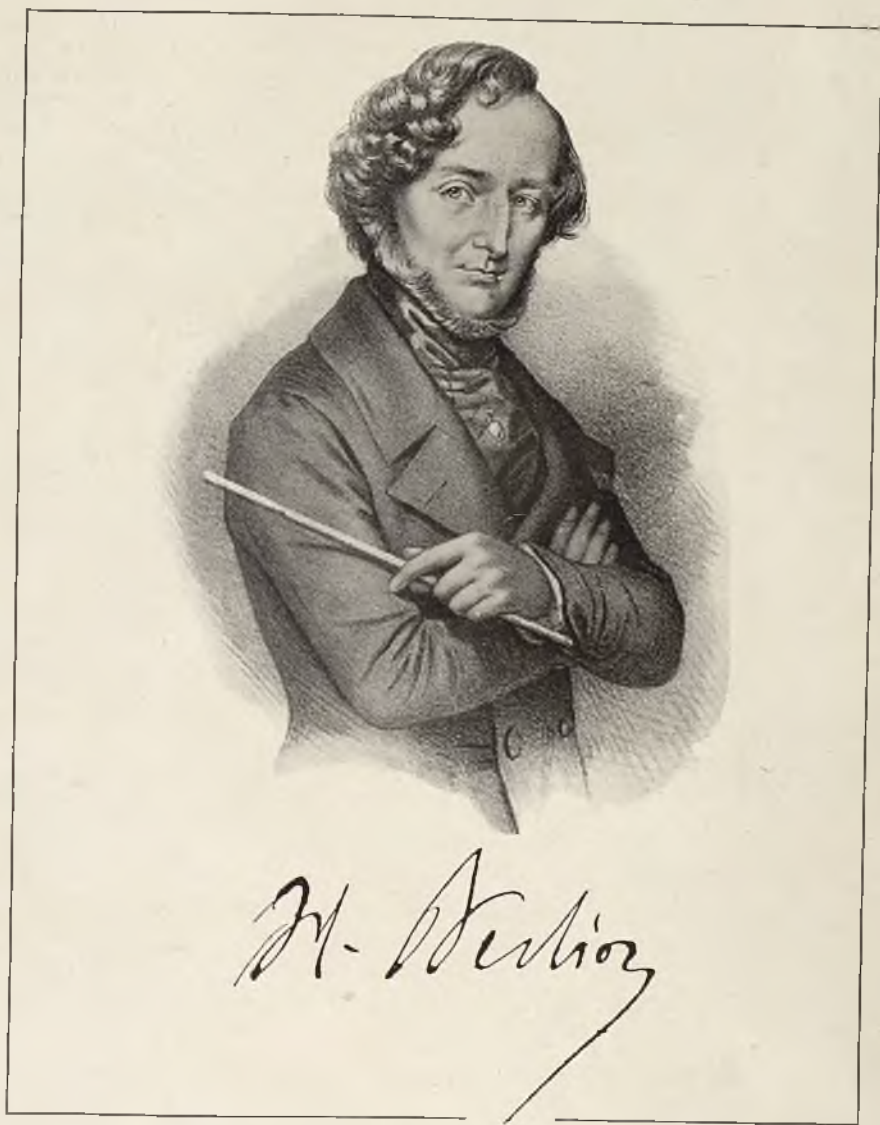
Los billetes debían ser distribuidos el 24 de febrero — ¡qué fecha, oh Zacarías Warner! ¡oh Ledru-Rollin! — en casa de Víctor Hugo, que vivía, por aquel entonces, en la calle de Notre-Dame-des-Champs, y que firmaba los pases con la palabra española *hierro*. Fué á su casa acompañado por Pablo Huet, Manuel Richoune, Berlioz, etc., etc. El poeta, naturalmente, no advirtió mi presencia, porque éramos trescientos ó cuatrocientos, divididos en grupos, cada uno de los cuales tenía su jefe. Había el grupo de Luis Boulanger, el grupo

(1) Librería Plon. — París.

de Emilio Deschamps, el de Carlos Nodier, el de Aquiles Deveria y otros...

Debo ser justo con todos, aun para el insultador de un llamado *Segur*. Todo, en este momento único, concurrió á exaltar

gioso. Sus facultades físicas son tan extraordinarias como su genio. El viento, la lluvia, el rayo y la tempestad le son indiferentes. Puede, á voluntad, comer la mitad de un buey homérico ó ayunar du-



nuestro entusiasmo juvenil. A los veintisiete años, Victor Hugo era ya el poeta de las *Odas*, de las *Baladas*, de las *Orientales*, de *Cromwell* y de *Hernani*...

— ¿Cómo quiere usted — nos decía uno de sus amigos íntimos — que no sea el hombre del siglo? Todo en él es prodi-

rante tres días; dormir treinta y seis horas seguidas ó pasar diez noches sin pegar un ojo. Paseándose por el campo oye perfectamente los ruidos subterráneos del topo y de la hormiga. Desde lo alto de las torres de Nuestra Señora de París me reconoce, al pasar por la plaza, y me dice

por la noche si llevaba un traje negro ó una levita azul.

La víspera de la representación, los ánimos llegaron á una excitación incomprensible. A Victor Hugo, que desde muchos días antes no descansaba con los ensayos, no le era posible responder á los numerosos pedidos de billetes que le hacían; mas, sin embargo, su ánimo no decayó, y decidió, á fin de que sus amigos y admiradores ocuparan buenos puestos, que les fuera permitida la entrada en el teatro durante el día, como así se hizo á las tres de la tarde.

«El hambre comenzaba á dejarse sentir (1), nos dice Teófilo Gautier. Los más previsores habían traído chocolate y panecillos y algunos otros el salchichón clásico de fuerte olor á ajo.

»Terminada la merienda, cantáronse algunas baladas de Hugo, y después se pasó á una de esas interminables letanías de taller que vuelven una y otra vez á repetir la misma tontería, como los canchilones de las norias vierten el agua en los arcaduces inmediatos; después nos entregamos á la imitación de los gritos de animales, tan bien, que los críticos de la Casa de fieras los hubieran encontrado irreprochables. Entregámonos á algunas inocentes niñerías de pinlamonas, y pedimos la cabeza de alguno de los más odiados miembros del Instituto.»

Cuando el elemento serio, que acudió en gran número y de lo más escogido, entró en teatro, encontráse con el suelo cubierto de cortezas de naranjas, botellas vacías y trozos de pan, sin contar el penetrante olor á ajo y los papeles grasientos que habían tirado por todos los rincones.

Hubo no pocas protestas, y la indignación de los recién llegados al descubrir á

los melenudos y revoltosos jóvenes que ocupaban gran parte de las butacas, no estalló en todo su furor porque la curiosidad con que era esperada la nueva obra ahogaba momentáneamente toda reflexión.

Por su parte, Victor Hugo, á fin de animar á los actores, que parecían anonadados y poco seguros del éxito, en cuanto atravesó las puertas del teatro se dirigió al escenario y habló con todos, haciéndoles las últimas observaciones, tratando de comunicarles su entusiasmo.

Los palcos y plateas terminaron por llenarse lentamente, se levantó el telón, en un profundo silencio, y en una alcoba del siglo xvi, nos dice Gautier, vimos á doña Josefa Duarte, escuchando los golpes que por la parte de fuera de una puerta secreta da el galán esperado.

Los cuatro primeros actos, algunos de cuyos versos fueron muy siseados por el elemento académico, «osciló, como dice Pontmartín, entre alternativas de entusiasmo, de asombro y de protestas timidas, hasta el celebre monólogo de Carlos V, que tenía más de ochocientos versos, y que el actor Michelot declamó con tono gangoso, como si se tratara de una parodia.»

El quinto acto fué aplaudido con delirio. Y cuantos mostraran reservas, extrañados por las anomalías tan frecuentes en las obras de Victor Hugo, fueron contagiados por el entusiasmo de los admiradores del joven poeta y por los encantos de la señorita Mars, que se mostró á la altura de su difícil papel, declamando admirablemente con su voz de hada.

Tal fué el medio en que se desenvolvió el genio de Héctor Berlioz, y tales algunas de las principales peripecias de los comienzos de la vida del gran compositor, extraordinario en todas sus genialidades.

(1) *Historia del romanticismo*, pág. 105. Fasquelle, editor.

(De la obra *Berlioz*, de Antonio Muñoz, en preparación).





La procesion organizada para llevar á la enfermeria las Sagradas Formas.

“ODIA EL DELITO...”



La prisión celular de Madrid

EN octubre de 1911, fecha en que tomó posesión de su cargo el Director actual de la Prisión celular de esta Corte, existían 789 reclusos; en junio del corriente año, este número había quedado reducido á 594...

¿A qué causas obedeció esta diferencia de 200 presos menos, este consolador decrecimiento que cada día va acentuándose?

Las resumiremos brevemente: á la perseverancia, al celo, á la competencia del aludido Director D. Francisco Murcia, funcionario que posee una hoja brillantísima de servicios, y que á lo largo de sus veintitantos años de carrera ha probado prácticamente que la justicia y la caridad no sólo pueden y deben ser

compatibles, sino que administradas con acierto, producen fecundos resultados, saneando la sociedad y reintegrando á ella hombres infelices que avanzaban por el camino de la delincuencia sin esperanza de redención.

¿Cómo vive el preso? ¿Qué hace? ¿Qué terapéutica moral se emplea con él para que, sometido á la sanción del Código, sane moralmente y el cautiverio que se le impuso siembre en su alma la semilla de la regeneración?

Cuestiones son estas, aun desaliñadas y sucintamente enumeradas, que revisten alta importancia social y que, para ser á satisfacción contestadas, requieren vasta cultura, amor ferviente á los complejos asuntos penitenciarios, pacientes explora-



Vista exterior de la Cárcel.

ciones psicológicas en el delincuente y largos años de residencia en los establecimientos donde las leyes reclusivas á los que fueron nocivos á la sociedad.

El Sr. Murcia es un caso curioso de vocación. Toda su vida la dedicó, generosamente, á preocuparse del recluso, estudiando los medios para corregirle y encauzarle por la legalidad. Lo confirma la lista de obras de que es autor, su hoja de servicios, y, sobre todo, el estado de la Cárcel Modelo que dirige.

Como españoles que desean para su patria hombres buenos y organizaciones ejemplares, celebremos haberla visitado detenidamente. Dentro de la modestia de nuestra pluma, reseñaremos con sencillez y lealtad lo que, sin previo aviso, nos fué atentamente mostrado. Así, el público, disipará funestos prejuicios y no acogerá sistemáticamente absurdas leyendas forjadas por la ignorancia ó por la mala fe, con el deseo de adular á la plebe ó de promover determinadas campañas, que, en definitiva, confunden y desprestigian al que las mantiene.

Cómo es la cárcel modelo.

Fuó edificada hará unos treinta años, con arreglo á los planos del Arquitecto señor Aranguro, y costó ochos millones de pesetas.

La prisión celular propiamente dicha, consta de cinco largas naves que, arrancando divergentes de un mismo punto, justifican el gráfico sobrenombre de *abanico* con que el pueblo la conoce. Cada nave tiene cuatro galerías á las que dan las celdas, y reciben aire y luz en abundancia por las claraboyas del fondo, y cenitalmente.

La disposición arquitectónica de este amplio edificio es tan admirable, que asegura la más completa vigilancia. Así, el punto en donde convergen las cinco naves, ocupa la planta baja — elevada al nivel de las galerías principales — una garita ó kiosco enristalado desde el cual una guardia, cada veinticuatro horas relevada, sigue atenta la vida de la población penal. En la planta superior hállase un allar, severamente sencillo, con una escultura en madera, de Jesús Crucificado, atribuida á Berruguete.

Cualquier recluso desde su celda ve el altar, y asiste todos los domingos, si su fe se le impone, al santo sacrificio de la misa. A este fin, las puertas — que se abren todas en la misma dirección — quedan entornadas por medio de una gran charnela de hierro, uno de cuyos goznes está sujeto á la puerta misma y el otro se ajusta á una cerradura practicada en el quicial.

División de las naves.

La clasificación de reclusos ciñese fielmente á la escala de delitos consignada en el Código Penal. Los niños, hasta 15 años inclusive, viven separados del resto de la población celular. Los adolescentes (de 16 á 23) ocupan la primera nave, subdivididos por edades : en la planta baja están los de 16 á 18 años; en la principal y en la segunda los de 19 á 23. En el último piso se alojan los « distinguidos », que viven independientemente de los demás, paseando á horas distintas.

Los niños y adolescentes asisten todos los días á la escuela, como los adultos, en locales separados. Allí comienza la

educación del recluso, y su orientación hacia el bien, enseñándole á leer, á escribir, á respetar á Dios, á ejercitarse en la práctica de sus derechos y aprender á observar escrupulosamente sus deberes.

Ocupan la segunda nave todos los que delinquieron contra la propiedad — también, como es necesario y fecundo, subclasificados. En la planta baja están los sentenciados por robo; en el piso principal y segundo los de hurto; en el tercero los que cumplen condena por estafa, falsificación, etc...

Nave tercera : arrestos y tránsitos. Plantas baja y principal, los arrestos gubernativos (quinceneros). Arrestos menores, ala derecha del segundo piso; mayores, ala izquierda del mismo piso, y los transitorios ya sentenciados, el ala izquierda del 3.º y los transitorios no penados, la derecha. También se observa idéntica separación con todos ellos. Pasean por grupos afines delictivamente, á horas distintas, y comunican con absoluta independencia.

Nave cuarta : delitos contra las personas, subclasificados con arreglo á la gravedad de los mismos.



Gabinete de identificación judicial.

Y quinta: destinada al correccional, en la que impera la misma saludable separación, por periodos de condena.

Actualmente existe, sin ocupar, el tercer piso de esta nave, destinado á los individuos que en un momento dado podrían padecer prisión preventiva (tumultos por huelgas, manifestaciones políticas, etc.). El Director de la Cárcel, estimando la importantísima circunstancia de que todo preso preventivo, mientras la autoridad competente no declare su delincuencia, es un hombre honrado, á quien, caso de resultar inocente se le irrogarían perjuicios graves, tiene adoptadas aquellas medidas que tienden filantrópicamente á evitarlos, dentro de la organización de esta Cárcel, cuya complejidad sentimos no se pueda analizar en notas como las presentes, de exclusiva información.

Otras dependencias.

Forman parte del edificio, complementándole eficazmente, los locutorios, las salas de comunicación para abogados y autoridades, el gabinete de antropometría, la capilla de reos de muerte, los lavaderos, cocina, economato, escuelas, celdas de castigo, enfermería, talleres, departamentos para presos políticos, celdas de pago, patios y jardines.

Hay 25 de estas celdas, y otras tantas de medio pago. Por ocupar las primeras se abona 1,50, sin derecho á rancho, y 0,75 por las segundas, con derecho á él. En aquéllas, los reclusos disponen de un ordenanza que arregla la cama y renueva el servicio de tocador.

Las de castigo tienen como todas su ventana, están ventiladísimas y limpias, y ofrecen no el aspecto de crueldad, que el vulgo le atribuye, sino el de una pobreza austera, pero pulcra.

Obscuras sólo existen dos, que sólo se utilizan cuando la rebeldía violenta, la insubordinación más contumaz lo exige.

El castigo consiste en privar al preso del paseo, del tabaco (que puede fumar en la celda ordinaria), de la comunicación, etc. Facultado está el señor director para suprimirle incluso el rancho, pero nunca hizo uso de tal atribución, porque dice — y dice bien — «que no debe torturarse la materia, sino afligir el espíritu, para llevarle al provechoso y apetecido arrepentimiento».

El Economato provee de comestibles y objetos diversos (cepillos, jabones, tabaco, útiles de costura, alpargatas, velas, etc.), todo lo cual se adquiere mediante bonos y tickets, para que la circulación del dinero no fomente en la población penal incidentes delictivos y enojosos. De bebidas sólo se autoriza el despacho de cerveza. Los reclusos pueden encargar el guiso que gusten, si no quieren el rancho, y hasta preparar — siempre en su celda y si por su excelente conducta lo merecen — una taza de café. Por cierto que el señor director se ocupa en adquirir pastillas de alcohol solidificado que permitan al recluso esta comodidad, sin recurrir al petróleo, que actualmente emplea y que ennegrece con su llama la pared de alguna celda, infringiendo las órdenes dadas y exponiéndose á ser castigado.

— ¿Por qué está prohibido — preguntamos — el uso del alcohol?

— Porque hay presos que se lo beben con azúcar, satisfaciendo así, una vez más, su viciosa inclinación adquirida en la taberna ó en los lugares donde se ganaba penosamente el sustento.

La contabilidad del Economato — complicadísima, pero ingeniosamente organizada — corre á cargo de una hermana de la Caridad, que, como todo el personal de la Cárcel, cumple su honroso cometido con celo, inteligencia y bondad ejemplares.

Identificación del recluso.

El gabinete de antropometría es otra dependencia en la que resplandece un orden admirable. Con aquiescencia del señor director solicitamos del oficial don Manuel Panero aquellos datos que el público en general desconoce, y helos aquí, amablemente comunicados:

Con cada uno de los individuos que han de reseñarse en el Gabinete Antropométrico-dactilar-fotográfico á los fines de identificación judicial, se practican las operaciones siguientes:

1.ª Filiación judicial en su hoja alfabética.

2.ª Obtención de las impresiones digitales, en la hoja dactilar, cuyo pulgar é índice derechos se obtienen también en la hoja alfabética.

3.ª Talla, las cinco medidas llamadas fundamentales, retrato hablado, y descripción de señas particulares y cicatrices que

se inscriben en el reverso de la hoja dactilar.

4.^a Fotografía de los procesados por delitos contra la propiedad.

5.^a Busca del individuo en el archivo alfabético.

6.^a Busca del individuo en el archivo dactilar.

7.^a Busca del individuo en el archivo antropométrico.

8.^a Colocación de las hojas alfabética y dactilar en su archivo correspondiente.

La hoja alfabética en su reverso lleva la historia judicial del individuo.

Para obtener las impresiones digitales, se extiende sobre una plancha tinta de imprenta, donde se impregnan los dedos y se pasan á la tarjeta.

Todos los tipos de dibujos que presentan las impresiones citadas se reducen á cuatro, que son:

Adeltos, que se determinan con la letra A para los pulgares, que son las guías, y con el número 1 para los demás dedos.

Dextrodellos. Letra D para los pulgares y número 2 para los demás.

Sinistrodellos. Letra S para id. id. y número 3 id. id.

Verticeloso bideltos. Letra V para id. id. y núm. 4 id.

Las tarjetas se agrupan por su fórmula y se buscan por comparación entre los de la misma fórmula.

El sistema oficial en España es el del doctor Olóriz, ó sea una refundición del antropométrico de Bertillon y el dactilar de Vuceetik.

De cada reseña del individuo se manda copia al Juzgado que incoó su causa.

En los locutorios se verifican comunicaciones diarias, y cada piso observa un turno para recibir la visita de sus deudos y amigos.

De la compostura, de la corrección, del orden que en este servicio reinan, el público podría suministrar consoladoras referencias. Cada recluso dispone de una celdilla, separada, reja y enrejado por medio, de la frontera que ocupan los que van á verle. Un vigilante pasea por el local y otro por el corredor, dentro ya de la Cárcel, al que dan de ambos lados las celdas.

Pero como quedan por decir muchas cosas interesantes, diferiremos su enumeración para el próximo número.

E. RAMÍREZ ANGEL.

Fotografías de Vidal.



Sr. D. Francisco Murcia, Director de la Prisión celular de Madrid.

Concurso de pesca organizado por el periódico *Comedia*



Como todos los años, el diario COMEDIA ha organizado un entretenido concurso de pesca entre los actores de París. Como dice nuestro redactor Antonio Muñoz en la «Crónica dramática», reinó gran entusiasmo, tanto entre el elemento femenino como entre los hombres. Y todo concluyó — ¿qué más se puede pedir? — con un espléndido banquete.





La Solórzano, acodada en el balaustre, miraba al mar...

El Llanto del Cocodrilo

♦ ♦ ♦

I

La soledad de dos en compañía.

No pasearon mucho por la terraza del Gran Casino, Carolina Solórzano, la gentil comedianta, y Rodolfo de Spinola, el autor prestigioso de cien obras triunfales. Dijérase que les cobijaba la enorme expectación despierta en torno suyo. Cuchicheaban a su paso unos y otros, asaeteándoles con la mirada.

— ¿Has visto? La Solórzano y Spinola...

Antes de que la segunda parte del concierto comenzara, ambos artistas salieron del Casino, montando en el automóvil que les aguardaba a la puerta. Secamente, Rodolfo dió la orden al mecánico:

— A Valmar.

Rodó, veloz, el carruaje, devorando kilómetros. Carolina había adoptado una actitud displicente, y callaba, cansadas las piernas, mirando desfilir los edificios de la población y luego el panorama de la carretera. Su acompañante también estaba hosco. Sin cruzar una palabra pasaron por Guebarra, por Zarauz, por Arrona...

La Solórzano y Spinola veraneaban en Valmar, un pueblecito guipuzcoano de escasa importancia y nulos atractivos, donde quisieron esconder su amor incipiente, lejos del bullicio, a solas con su pasión. Pero habían calculado mal la intensidad del afecto que les uniera. ¿Hastío, incompatibilidad de caracteres, extinción de un capricho fugaz con apariencias de algo más grande? Ello es que aquel fuego apagábase a toda prisa. Lejos del tráfico

cortesano, sin el prestigio del cartel anunciador de las exhibiciones de la una y de los éxitos del otro, quedaban frente á frente una mujer y un hombre, con sus genialidades y sus imperlinencias, que más y más se agilaban al no estar construidas por un amor firme y sincero. Una alucinación habíales aproximado, y, al cesar la fantasmagoría, quedaba el encanto roto. Cayó la escama dorada que cubría á los ídolos, dejando al descubierto la urdimbre de escoria.

Recostado en el fondo del automóvil, Rodolfo de Spínola ponía en prensa la imaginación, buscando el medio adecuado para salir airoso, sin herirse en el alma. ¡Dilicil empeño! El, que á su antojo movía los personajes en escena, resolviendo situaciones difíciles y problemas psicológicos de altísima trascendencia, encontraba perplejo ante un caso real, cien veces más sencillo, sin duda, que otros muchos que él supo desenlazar con aplauso unánime. ¡Cuántas veces le habían calificado de psicólogo incomparable! ¡Cómo elogiaban su prodigioso conocimiento del corazón humano, y, sobre todo, su rara habilidad para buscar en las reconditeces del alma femenina! Pero todo esto era cuando teorizaba, cuando planteaba los problemas fríamente, sobre las cuartillas, como matemático que resuelve una ecuación. En cambio, al llegar á la práctica, sus brillantes aptitudes psicológicas desaparecían. Una mujer, ¡una sola!, había dado al traste con todo su prestigio de buscador de corazones. Mientras se trataba de marionetas creadas por él á su antojo, todo eran facilidades y victorias. Ante una mujer que pensaba por cuenta propia, el castillo de naipes se vino al suelo. ¡Oh, cómo se reirían, si lo supieran, los críticos que tanto habían elogiado su perspicacia! Y ¿qué extraño es que se riesen, si él, él mismo, se mofaba de su necedad, de su ridículo modo de proceder, extremando rigores por un lado, para caer por otro en elaudicaciones inexplicables?

El automóvil se detuvo. Habían llegado á su alojamiento de Valmar, un hotelito lindísimo, cerca de la playa. Salíó á recibirles el guarda, que, al oír la bocina, abrió la férrea cancela para que el vehículo penetrara en el jardín. Carolina y Rodolfo, sin hablarse, subieron al piso principal, donde el comedor estaba instalado. La mesa, dispuesta coquetonamente, parecía aguardarles para una cena íntima. Ni uno ni otro ocuparon un puesto junto al mantel, sembrado de horicencias, que hablaban de amores. Entraron en el gabinete contiguo á la alcoba. Carolina sedepojó del sombrero y del guardapolvo, tirándolos encima de la cama. Luego, aso-

móse al balcón, mientras Rodolfo se dejaba caer sobre una mecedora.

La noche había cerrado por completo. Por el balcón abierto penetraba la brisa, y á raudales, iluminando la estancia, la luz de la luna, cuyos rayos rielaban las ondas del Cantábrico. Así transecurrió largo rato. La Solórzano, acodada en el balaustre, miraba al mar plalcado por la luz febea, mientras Spínola, hundido en la penumbra del gabinete, sumíase á la inconsciencia. De vez en vez, la bocina de un automóvil interrumpía con una voz estentórea la calma del paisaje, sobreponiéndose al grato rumor de las olas haciendo el acantilado.

De pronto, el escritor pareció como despertar de un sueño.

— Escucha, Carolina — dijo.

La Solórzano aparentó no oírle. Transcurrieron unos instantes silenciosos. Allá, á lo lejos, en algún caserío de la montaña, ladraba un perro. En voz más recia, Spínola repitió:

— ¡Carolina!... Escucha.

Ella respondió, sin volverse:

— ¿Qué quieres?

— Quiero que hablemos. ¿Tienes inconveniente?

La Solórzano se encogió de hombros.

— ¡Bah! ¿Por qué he de tener inconveniente? Hablar es un oficio.

— Nadie lo diría. Llevo más de tres horas á tu lado sin oírle el metal de la voz.

— No se me habrá ocurrido nada que decir. Veamos lo que tú tienes que conlarme.

— Poca cosa. Que esto no puede continuar así.

— ¡Ay, hijo mío! Pues por mí, que no continúe.

— ¿Qué quieres decir con eso?

— Nada más que lo que he dicho. Que estoy dispuesta á que esto no continúe, como tú deseas.

— Pero, expílicate... ¿Es que te decides á cambiar? ¿Es que reconoces la razón que me asiste?

— No reconozco nada ni estoy decidida á nada más que á eso. Á que cada cual volvamos á seguir nuestro camino.

Hubo una pausa dolorosa. Algo así como el silencio que sucede al porrazo con que el niño rompe el juguete que antes le divertía. Por fin, Rodolfo dijo:

— Está bien. Pero reconoce al menos que has hecho todo lo posible para desesperarme... Que no has tenido más propósito que mofarte de mi cariño...

Carolina volvió á encogerse de hombros con la mayor indiferencia.

— Si te empeñas, lo reconoceré.

— Eres cinica y eres mala. Ni aun por compasión quieres fingir un poco.

— ¡Bah, la compasión! En lances de



El éxito de lectura fué inmenso, y los amigos tuvieron la certeza de que El Llanto del Cocodrilo sería un triunfo completo.

amores la compasión no juega nada. Más te voy á decir: la compasión, en estos casos, está muy cerca del desprecio. ¿Quieres que te compadezca? Pues bien, no tengo inconveniente. ¡Pobre Rodollito! ¡Pobre! ¡Yo que le tenía por un hombre de talento y me ha resultado un imbecil!

— ¡¡ Carolina!!

— Tú lo has querido. Y, después de todo, más vale hablar claro. Es la verdad. Ya sabes que yo estaba alucinada, obsesa ante tu aureola de gloria. ¡Qué mezquinos resultáis los grandes hombres vistos de cerca!

— Es que contigo no traté más que de quererte: grande hombre ó lo que fuera, olvidé mi talento para convertirme en un mortal apasionado, ciego por ti: bien lo sabes.

— Pues ahí estuvo tu equivocación. ¿Crees que lo que me llevó á ti fué tan sólo tu figura ó tu dinero? Nada más lejos de la verdad. Para eso, hubiese aceptado á cualquiera de los que me asedian, con más dinero que tú y más guapos que tú. Lo que me atrajo fué tu talento, y has tenido la modestia de ocultarlo mientras me has tenido junto á ti. Eres oportuno como tú solo.

— Tal vez tengas razón. Estaba enamorado, y no veía... Pero acaso pueda arreglarse todo. ¿Quieres que probemos?... Yo procuraré ocultar mi cariño, ya que te molesta... Tú también harás lo posible para enmendarte, queriéndome un poco, por poco que sea...

Carolina rió, sarcástica.

— ¡Ay, hijo, vaya una combinación que me propones! Ni á los amores ni á los zapatos me gusta echarles medias suelas. Cuando empiezan á romperse, vayan con Dios.

Rodolfo, iracundo, apretaba puños y dientes.

— Eso es... Y vengan otros nuevos...

La Solórzano hizo un gesto displicente.

— Otros zapatos, es claro: no he de ir descalza. Otros amores... ¿para qué? Sabes que no soy de las que aprovechan todas las ocasiones. Pero si se presenta alguna que me agrade, no te digo que no...

— Está bien. Entonces, te deja. No quiero servir de estorbo á tus propósitos. Algo indigno es el procedimiento que tienes para decirme que me vaya...

— Yo no le he dicho...

— Pero en ti nada me sorprende ya. Queda con Dios. Celebraré que encuentres en otro ese ideal que en mí no has hallado.

— Gracias por tu deseo.

Salió Rodolfo, mientras Carolina permanecía sentada en un diván. Al alcance de su mano, sobre la mesita japonesa, había un paquete de cigarillos turcos. Tomó uno, lo encendió, y se distrajo contem-

plando las espirales de humo jugar con los rayos de luna.

Súbito, al pie de la casa resonó una bocina. La Solórzano oyó que la arena del jardinillo crujía bajo el peso del automóvil. Chirrió el cancel de hierro... Y una voz — la del guarda — decía:

— Vaya con Dios el señorito. Hasta otra vista.

Luego, trepidó el automóvil, volvió á sonar la bocina... Más lejos... Más lejos... Hasta perderse en un recodo de la carretera.

Carolina arrojó por el balcón el resto del cigarrillo y tocó un timbre. Vino la doncella.

— Dame de cenar cuanto antes. Y en seguida, prepara el equipaje. Mañana nos vamos á Biarritz.

— Está bien.

Comió con apetito excelente. Después del café, dió unas cuantas chupadas á un cigarillo, acodada en el balcón, mirando al mar. Daban las once en el reloj de la iglesia cuando se tendía en el lecho. Y un sueño plácido, sin inquietudes ni añoranzas, la tuvo cobijada hasta el día siguiente.

II

Una lectura.

Día solemne en casa de Spinola. Lectura de su última comedia ante un grupo de intimos, que han de ser portavoz de los méritos contenidos en la obra. *El llanto del cocodrilo* es su título. El éxito de lectura ha sido inmenso. Interés, emoción, diálogo chispeante, tipos arrancados de la realidad...

— ¡Y tan arrancados de la realidad! — aseveró Emilio Istúriz, interrumpiendo á D. Crispulo Cimadevilla, el eminente crítico, que enumeraba las virtudes de la comedia. — Como que, ó mucho me equivoco, ó esta obra ha de producir gran revuelo. Sobre todo, entre la gente de bastidores.

Rodolfo sonreía. Don Crispulo Cimadevilla abría mucho sus ojos saltones de miope detrás de los espejuelos.

— ¿Eh? ¿Por qué dice usted eso? ¿Hay alusiones personales que yo no he logrado desentrañar?

Todos rieron ante la pregunta de don Crispulo, pues para nadie pasó inadvertida la parte de escándalo encerrada en *El llanto del cocodrilo*.

— ¡Friolera, si hay alusiones! — dijo Istúriz. — Pero ¿será posible, mi querido don Crispulo, que no haya usted reconocido el modelo de Lucia Arnaldo, la heroína de la obra?

— Pues no... Confieso que...



Rodolfo se precipitó hacia Carolina, implorando que le perdonara.

— Una actriz eminente, de conducta algo escabrosa... Mirada por el público hasta la saciedad... En la descripción del tipo, no se omiten detalles: su esbeltez, su elegancia, sus bellos ojos negros, su hermosa cabellera, como un airón dorado... ¡Por Dios, don Crispulo! Verde y con asas...

— Rubia y de ojos negros... Será la Solórzano.

— ¡Acabáramos! Y Federico Galarza, el protagonista, ¿tampoco sabe usted quién es?

— La verdad, no...

— Pues Rodolfo de Spinola, el propio autor de la comedia.

— ¡Ah! Yo no sabía... Entonces él y ella... Ignoraba yo la existencia de esas relaciones... Eso son cosas de telón aden-

tro, que no pertenecen á la crítica, por ende no me incumben...

— Pues floja es la sátira ¡y buena se pondrá Carolina cuando la conozca! Un bofetón en pleno rostro es la tal comedia.

— Pues para que vean ustedes si yo ignoraba todo eso, supuse que la Solórzano sería la encargada de interpretar el principal papel, que la reproduce á ella.

Spinola sonrió:

— ¡Por Dios, mi querido don Crispulo! ¿Cómo quiere usted que, aparte otras razones, pudiera la Solórzano con el papel de Lucia Arnaldo? Es muy muy mala cómica para eso: no podría con la carga.

— ¡Hombre! Tanto como mala cómica... algún reparillo la he puesto yo otras veces, y usted mismo quería comerme...

— ¡Bah! Galanterías que se tienen á veces... Debilidades... Pero es lo cierto. Carolina Solórzano es una mala cómica. Se ha encumbrado entre las indulgencias del público y la consideración de los autores, que siempre le hemos hecho papeles á medida.

— Pues por eso: más á su medida que éste, ya que es ella misma el modelo...

— Sin embargo, no serviría, se lo aseguro á usted. Hay mucho matiz, mucha delicadeza, muchas «cosas» en su papelito. Yo creo que es mi mejor creación. Y la obra, en general, es la que más satisfecho me ha dejado al terminarla.

Todos asintieron. Rodolfo no podía ocultar la satisfacción al ver el efecto producido por su comedia.

— Mucho agradezco sus elogios; pero ¿á qué negarlo? Creo que tienen razón. Esta obra está escrita con sangre de mis venas.

Istúriz inquirió:

— ¿Se estrenará pronto?

— En seguida. Garzón, el empresario del Teatro Dramático, desea inaugurar con esto la temporada. Quiso quedarse con el ejemplar ayer mismo, cuando le hablé de ello. Pero yo deseaba conocer la opinión de ustedes y limar algunos pasajes... Detalles imperceptibles. Pasado mañana quedará á su disposición. Me ofreció venir él mismo á recoger el manuscrito. Y en seguida, á ensayar con rapidez, pues quiere abrir el teatro dentro de quince ó veinte días...

Despidiéronse todos, con derroche de enhorabuena. Spinola recibía los plácemes sonriente. Pero al quedar solo, una nube de tristeza subió á su cara, y, dejándose caer en un asiento, prorrumpió en sollozos.

III

«El llanto del cocodrilo».

Sonaron pausadamente cuatro campanadas. Luego quedó la estancia en silen-

cio, tan solo interrumpido por el rasguar de la pluma sobre las cuartillas y el chisporroteo del carbón en la chimenea. Rodolfo Spinola daba los últimos retoques á la comedia: pequeños detalles, sobre todo en las acotaciones, algo descuidadas al escribir de primera intención. Dentro de un rato, vendría el empresario del teatro Dramático para llevarse la obra. ¡El llanto del cocodrilo! Ardía Spinola en deseos de ver anunciada en los carteles aquella comedia, que tal vez por ser la última le parecía la mejor de las suyas. Y además, era su venganza. Mezquina, si se quiere, pero no por eso menos sabrosa. Regodeábase pensando en la sonrisa de burla con que todos mirarian, después del estreno, á la Solórzano. ¡La infame! ¡La cualquier cosa! Huyó el amor, y vino el desprecio. ¡Puá!

Tintineó el timbre de la escalera. Garzón, sin duda. La impaciencia, tal vez, le hizo adelantarse; eran poco más de las cuatro, y quedó en venir á las cinco... El criado asomó á la puerta:

— Señor... Es la señorita...

Rodolfo dejó caer la pluma, sobresalido.

— ¡La señorita! ¿Qué señorita?

— La señorita Carolina.

— ¡Ella aquí! Y ¿qué quiere?

— No lo sé, señor.

— Lo supongo; no te lo preguntaba. Es que...

Y quedó perplejo, indeciso, unos instantes. Luego, como despertando de un sueño:

— Que pase.

Apareció en el umbral la Solórzano, y en él se deluvo, apoyada en el quicio de la puerta, en actitud de gran efecto. De haberla visto, el público hubiese prorrumpido en un aplauso, seguramente. Como á través de una nube rojiza, contemplábase Rodolfo, más adorable que nunca, con gran sombrero empenachado que ensombrecía su faz, destacando en ella los ojos brujos, otras veces zumbones, ahora sumisos.

— Pasa, mujer, no le detengas. ¿En qué puedo serte útil?

Ella hizo un gesto admirable de reproche.

— ¡Rodolfo! Crees que sólo pudo traerme á tu lado el egoísmo. Que sólo puedo venir á pedirte algo.

— No es que crea nada. Comprenderás que me sorprende tu visita.

— Es natural que te sorprenda... Me sorprende á mí...

— ¿Á tí? ¿Por qué?

— Porque no he debido venir, porque es una indignidad haber venido. Y tú hubieras hecho bien negándote á recibirme. Lo merezco.

Hubo una pausa. Carolina, bajos los

ojos, no se decidía á cruzar los umbrales. Rodolfo se sintió magnánimo.

— Pues te recibo, á pesar de todo. Entra, y dime cuanlo quieras.

Ella penetró rápidamente, tratando de echarle los brazos al cuello.

— ¿No me guardas rencor? ¿Olvidas todo lo pasado?

Spínola hizo ademán de rechazar las efusiones de la artista.

— No hablemos de eso... Es mejor no remover cenizas.

— Pero si yo vengo precisamente á removerlas... para ver si entre ellas queda algún rescoldo... Que si queda... ¿Verdad que si queda?

— No; te lo aseguro. Ni un chispazo.

— ¿De modo que... no hay remisión?...

Rodolfo tuvo la suficiente energía para permanecer mudo. Carolina suspiró, con gesto resignado.

— Entonces... me voy... Adiós, Rodolfo. Conste que eres tú quien me arroja de tu lado... En Valmar, me abandonaste como á un pingajo inútil... Hoy, me echas á la calle... Parece mentira...

Había en su voz inflexiones de dulce reproche; latía en sus palabras una extraña humildad; la ira y el despecho no asomaban. Cada vez más sorprendido, Rodolfo la veía marchar lentamente hacia la puerta, baja la cerviz, caídos los brazos, en actitud de desaliento y pesadumbre.

— Espera, Carolina. No te vayas...

Fué un grito inconsciente, que pareció salir del alma sin pasar por los labios. El mismo encontró extraña su voz, pareciéndole que tenía otro timbre que de ordinario.

Carolina se había detenido, cerca ya del umbral. Sin volverse, musitó:

— ¿Para qué quieres que no me vaya?

— Para que veas que no te echo á la calle.

— ¿Nada más que por eso?

— Nada más.

Ella dió un revuelo y se abrazó á Rodolfo, mimosa como una gata.

— Eso es mentira, y tú eres un grandísimo embustero. ¡Si no puedes vivir sin mí! ¡Si yo lo sé, que me lo ha contado un pajarito, que iba todas las noches á mi casa, para decirme que no podías dormir, atormentado por mi recuerdo, y cuando te dormías, fatigado por el insomnio, era para soñar conmigo! No trates de negarlo; no habría de creerte. ¿No ves que á mí me sucedía igual? ¡Que no he vivido desde que nos separamos! ¡Que he llorado más en estos tres meses que durante toda mi vida anterior!

Rodolfo creía soñar.

— Pero ¿es verdad esto que dices, Carolina? ¿No me engañas ahora como an-

tes? ¿No te engañarás á ti misma, alucinada por el despecho?

— No, Rodolfo; no hay engaño. ¿Crees que no sé discernir mis sentimientos? El despecho me hubiera llevado á odiarte, á vengar la afrenta inferida á mi amor propio... Ya ves en qué consiste mi venganza: en venir á buscarte, humillada, vencida.

— ¡No, eso no! No hay humillación, no hay derrota. Sabrás de sobra que soy para ti el mismo de siempre; que no he dejado de serlo ni un instante, aunque tratase de aparentar lo contrario... Una carta tuya habría sido suficiente; hubiera volado hasta ti, sólo con que me llamaras...

Ella sonrió.

— Ya lo sé... Pero no importa: he querido venir como penitencia. Yo no había sido buena contigo... Lo reconozco... Fui una tonta... Quise jugar un poquitín con tu corazón, para ver si te dominaba por completo... ¡Ya ves tú qué estúpida! Porque te advierto que si tú sigues doblegándote á mis caprichos, acabo por aborrecerte. ¿Qué quieres? ¡Somos así! No me enteré de lo mucho que te quiero hasta que te marchaste... ¡Qué malo fuiste! ¡Tratarme de aquel modo! ¡Como quien despide á la cocinera!

— No, mujer; al contrario: la cocinera se va, y quien se marchó fui yo.

— Calla, calla. que no sé cómo no me arrojé al mar aquella noche.

— ¿Tan fuerte iba á darte?

— Menos mal que lloré, lloré mucho, y se me aplacaron los nervios. Que si no...

— Pero, bueno, vamos á ver: ¿cómo has dejado pasar tanto tiempo? ¿Qué idea te ha dado para venir hoy, y no otro día?

— ¡Toma! Porque alguna vez había de ser. Lo iba aplazando, aplazando... «Mañana iré». Y hoy llegó la modista, con este vestido, y quise que fueses tú el primero que me lo viera. ¿Qué te parece? ¿Estoy bien?

— Tú estás bien con este vestido... y con todos.

— ¡Tonto!... Además (*recelosa*), he leído la lista de obras que preparas, y no hay ninguna para mí...

— ¡Vamos! Ya salió (*despechado*). Podías haber empezado por ahí. Es la obra, no es el autor, lo que vienes buscando.

— Pero ¡Rodolfo! ¿Es posible que creas...? Por grande que sea tu prestigio, no eres el único... Hay, entregadas ya, dos obras de Istúriz, una de ellas preciosa; otra de Bobigas, un drama de Cardenoso... Y ofrecidas, lo menos diez, de primera fila... No es eso, Rodolfo: ni yo he podido concebir semejante mezquindad, ni tú has debido suponerla. Allá el empresario, si una obra más había de au-

mentarle en algunas peselas la ganancia. A mí me daba lo mismo. Pero ¡no estrenar yo una obra tuya! ¡No colaborar este año en tu tarea! Tus grandes éxitos van unidos á mi nombre. ¿Cómo divorciar tu gloria de la mía, que cerca de ti creció floreciente?

— Pues en esto me es imposible complacer á mi tirano. No tengo nada que darte. Palabra. He trabajado poco...

— Bueno, di que no quieres...

— Te aseguro...

— Anteanoche leí en los periódicos que tienes una comedia en tres actos.

— Sí, es verdad.

— El llanto del cocodrilo; ya ves que no olvido el título. Dámela.

— Imposible. Está ofrecida al teatro Dramático. Dentro de un momento vendrá Garzón á recogerla.

— ¿No ha venido aún?

— Aún no.

— Pues me la llevo. Le das una disculpa... Le hablas de compromisos ineludibles, ¿qué sé yo! Ya sabes que esto puede hacerse. Garzón no se enfadará; le ofreces otra cosa, se la haces en seguida...

— No puede ser... No puede ser... (*Luchando consigo mismo.*)

— Bueno, hombre; como quieras. (*Con desaliento.*) Prefieres cumplir tu promesa á Garzón mejor que complacerme... ¿Cómo ha de ser! Ya veo lo poco que soy para ti.

— Nada de eso. Garzón y tú quedaréis iguales.

— ¿Cómo?

— Porque El llanto del cocodrilo no ha de representarse ya.

— ¿Que no! ¿Qué vas á hacer de la obra?

— Guardarla... Romperla... No sé. Todo, menos estrenarla.

— Pero ¿por qué?

— Porque no merece otra cosa. ¡Al fuego debiera ir la mano que la escribió!

— Pero ¿quieres explicarme la razón de todo eso?

— Mira, Carolina... (*Con animación.*) Yo escribí esa comedia obcecado, en un arrebato de inconsciencia, de desesperación... Yo estaba loco... Esa comedia es una obra difamatoria, un libelo infame.

— Pero ¿contra quién?

— ¿Para qué ocultárselo? Contra ti.

— ¿Contra mí! ¿Y qué podías decir en contra mía?

— No lo sé... Todas las murmuraciones, todas las miserias que babeaban la envidia de tus compañeras, el desprecio de tus adoradores... ¿Qué sé yo! Todas esas cosas que siempre desprecié, que hoy desprecio más que nunca, ya lo ves, puesto que te quiero como siempre...

Las facciones de la Solórzano se contrajeron en un rictus de sorpresa dolorosa.

— Pero ¿Rodolfo! ¿Es posible que hayas hecho eso?

— Sí, Carolina, sí. Perdóname. Fué un rapto de demencia. Yo estaba loco...

La Solórzano rompió á llorar.

— ¡Mientras yo pensaba en ti para convencerte de lo mucho que te quiero, tú me evocabas para injuriarme!

— Perdón, Carolina, perdón.

— ¡Yo contando los días y los minutos, pidiendo á Dios algún pretexto para aproximarme á tu lado! ¿Vendrá hoy? ¿Le veré casualmente en alguna parte? ¿Daré lugar á que yo me humille buscándole? Y en tanto, tú, recogiendo del arroyo calumnias y miserias para arrojármelas á la cara. ¡Y aún mentías, asegurando querirme!

— No mentía, le lo juro...

— ¿Cómo vas á negar lo que ven mis ojos? ¡Mis pobres ojos, que ya no han de hacer más que llorar toda la vida! ¡Pobre de mí! ¡Pobre de mí! (*Llora, acongojadísima.*)

Rodolfo se precipitó hacia Carolina, implorándola que le perdonara por su miserable rencor.

— ¡No, te lo suplico, no llores! De rodillas te lo pido, no llores. ¿Qué he de hacer para consolarte? ¿No te basta la seguridad de que fué un exceso de cariño el móvil que me impulsó? ¿No sabes hasta qué extremo te respeto? (*Levantándose y cogiendo el manuscrito de la comedia.*) Mira, ¿ves?... El cuerpo del delito. Allá va. Que el fuego lo purifique. (*Lo arroja á la chimenea.*)

— ¡No! (*Precipitándose á él para evitarlo.*) ¿Para qué lo has quemado? Yo quería leerlo, saber lo que decías, para medir por ello la magnitud de tu odio.

— Sólo medirías la magnitud de mi afecto... Diatribas que diela el despecho, implican mayor cariño... Bien lo sabes... Mira cómo se relucen esos papeluchos. ¡Así tuviera valor para hacer lo mismo con la mano que los sembró de infamias!

— Yo quería leerlo, Rodolfo... Dame los borradores... Los entenderé, por difíciles que sean.

— No los tengo. Ya sabes que no hago nunca borrador ni copia. Lo que escribo, sale de una vez, y va sin casi tachaduras á manos del copista. Eso que arde es el ejemplar único.

— ¡Y lo destruyes por mí! Bien sé que esto constituye un sacrificio. La última obra, que es siempre la más querida...

— Esto y todo habría de sacrificarlo si se te antoja.

— ¡Qué bueno eres, Rodolfo! (*Cariñosamente.*) ¡Qué bueno eres! (*En brusca transición, rompe á reír burlescamente, con sarcástica agresividad.*) ¡¡Qué tonto eres!! ¡¡Qué imbécil eres!!

Rodolfo la miraba reír, reír, en el colmo de la sorpresa.

— Pero ¿qué es esto? ¿De qué te ríes?
— De ti... De lo necio que eres. De lo fácilmente que has caído en mis redes.

— ¡En tus redes!

— ¿Cómo has podido creer que yo, ¡yo!, descendiera al extremo de buscarte? Todo ha sido una farsa. Indigna, tal vez; pero tú no mereces otra cosa. A un infame hay que combatirle con armas infames.

— ¡Una farsa! (Consternado.)

— Supe hace días que tu comedia era una serie de insultos contra mí. Me encogí de hombros. Tú y tu obra me eráis indiferentes. Por mucho que fuese tu odio, mi desprecio era mucho mayor. Pero hoy, hace un rato, me han dicho que hablabas de mí desdenándome como artista: «¡Esa comicucha! ¡Esa mala actriz!» Y he querido demostrarte que aún puedo engañar al público, cuando tan fácilmente te he engañado á ti.

— ¡Oh, mala mujer! ¡Eres una mala mujer!

— Nada me importa cuanto digas. Ya conseguí mi objeto. Por de pronto, ya no

entregas hoy á Garzón la comedia. Y trabajo te doy si has de escribirla otra vez; sé que eso es para ti más difícil que hacer otra nueva. Adiós, hombre, y no te fíes nunca de una mujer despechada, aunque la veas llorar á raudales... Su llanto si que es el llanto del cocodrilo...

Salió Carolina riendo, insultante. Rodolfo quedó en el centro de la estancia, pasándose la mano por la frente ardorosa. Creía soñar, dudaba del equilibrio de su razón... Súbito, precipitándose á la chimenea, removió las brasas con el garfio de hierro. Una nube de pavesas elevóse.

— ¡Nada! ¡No queda nada! ¡No queda nada!

Dejóse caer en una butaca y se mesó el cabello, sollozando. La voz del criado le hizo volver á la realidad, anunciándole desde la puerta:

— Señor, está el empresario del Teatro Dramático... Dice que viene á recoger la obra prometida...

AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA





PEREGRINACIÓN AUTOMOVILISTA

Los automovilistas no podían menos de tener su patrón, San Cristóbal, y una peregrinación se imponía. Así, el domingo 19 de julio, cientos de peregrinos, cómodamente instalados en sus automóviles, se dirigieron á un pueblecillo, á San Cristóbal, en donde se celebró una gran ceremonia religiosa, al pie de la estatua del Santo.



"LE CHIC"

CARTAS DE UNA PARISIENSE

POR

SIMONE

HASTA ahora la moda no había fijado su elección en nada definitivo. Actualmente acaba de pronunciar su última palabra diciéndonos lo que ha de llevarse en pleno verano.

Para ir á la moda son necesarias dos condiciones esenciales: llevar levitas extraordinariamente anchas, muy largas por detrás y muy cortas por delante. Esto, por lo que se refiere á los trajes de hechura de sastre, de mañana; y además llevar gran cantidad de volantes superpuestos formando escalera, lo cual favorece á las siluetas muy delgadas.

Los vestidos de paseo tienden á usarse de estilo egipcio, no solamente en las líneas generales, sino también en los menores detalles, lo que constituirá una de las más lindas modas que llevaremos después de una larguísima temporada de extravagancias. Los cinturones serán muy anchos y se arrollarán varias veces al talle cayendo por delante bajo el peso de los flecos ó con un adornillo de pieles, y todo el conjunto, hasta el descote, extraordinariamente abierto, evocan el sentimiento de una paseo melancólico por las orillas del río sagrado.

Sin que pueda afirmarse que son pantalones, las faldas actuales dan esta impresión y van cubiertas hasta el tobillo por amplias túnicas plisadas. La tela que más conviene para esta clase de faldas es el tafetán muy flexible y se hacen, como los «sastre», de gabardina. El cinturón es ancho y va cortado en forma de chaleco, abrochado con una fila de botones muy juntos y hechos de la misma tela. Los adornos blancos para el cuello y los

puños se hacen de mil maneras y de mil formas diferentes, pero los más *chics*, para mi gusto, son los más sencillos, es decir, los de organdina de dos caras unidas con una puntilla, aunque actualmente también están muy en boga los de linón bordado.





Una novedad original consiste en llevar la falda de debajo en forma de pantalón cortado en almenas, de suerte que todas estas sardinetas, levantadas por el viento gracias á la cadencia de la marcha, descubran la falda, ya rara de por sí.

Para ir elegantes con este vestido es preciso llevar las faldas muy cortas, lo

que nos hace evocar á las damiselas del siglo xviii.

El gran *chic* para *toilettes* de paseo es un vestido de pequeños volantes superpuestos en diferentes alturas, formando una larga túnica con ellos y arrollando en forma de pantalón alrededor de las piernas, un tafetán flexible como una mu-



selina y completamente mate. El cuerpo debe ir muy abierto por detrás y adornado con encajes, y termina en dos patas cruzadas que forman el cinturón.

También se hacen muchos trajes de muselina de seda y terciopelo porque estos dos tejidos forman una amalgama deliciosa siempre que el terciopelo vaya liso entre los plisados.

ó truncidos de la muselina.

Llevará un gran biés de terciopelo formando el jaretón de la sobrefalda, de muselina para que haga peso, y terminará en un nudo, en el pecho del bolero, completándose esta encantadora *toilette* con el « gran marino » de terciopelo negro.

El vestido sencillo se hace de *skatung* de forma cómoda, con chaleco aldeano que cae sobre el cinturón de gruesa lana azul, como el de los cargadores de leña, anudándose por delante. Este vestido puede servir también para la playa, porque a la hora actual, todas nuestras elegantes lanzan el vuelo hacia los países lejanos. Las *villes d'eau* francesas son demasiado conocidas y las estaciones termiales de nuestras montañas están pasadas de moda. Los países de cielo siempre azul tientan á nuestras elegantes que ahora van al Cairo como antes iban á Trouville.

Para estos viajes hacen abundante provisión de vestidos sencillos de linón, de mil formas distintas.

El azul *deft* y el violeta vivo, el azul y verde crudos y hasta el azul pálido y el salmón, son excelentes tonos para visos con linón fino. Los vestidos de volantes superpuestos, irán adornados sencillamente con un festón y sin más adorno que un cuellecito recto, pero bajo por delante, de piqué ó de organdí liso. Tam-

bién se harán muchas blusas de esta tela.

Cada día se llevan más los kimonos abrochados de arriba abajo con una fila de botones, muy juntos, de nácar.

Como vestido práctico y encantador á la vez, os recomiendo el de cañamazo, porque se trabaja admirablemente, se puede fruncir ó drapear y no necesita más adorno que los botones



en forma de manzana, de tejido verde crudo y anudado negligentemente con una combata negra. El pequeño bolero kimono con cuello de oficial, cae formando pliegue en el ancho cinturón abotonado que aprisiona la blusa de linón blanco.

Con estos vestidos se llevan sombreros de seda del mismo color. El casco será flexible, con las alas dobladas, de tela, y un nudo prendido graciosamente en el casco. Este tocado *chic* se completa con un velo de muselina del mismo tono y será uno de los más elegantes de este verano, para de día, naturalmente.

También se llevan las capelinas bordadas y adornadas con organdí blanco, ó sencillamente con un ramo de flores en el pelo. Este tocado será muy *chic* cuando la naturaleza sonríe, embellecida con los fulgurantes rayos de un sol estival.

Para los viajes en automóvil, cada vez más frecuentes, en este siglo de la velocidad y del vértigo, así como para los paseos y los deportes que constantemente nos solicitan para el desarrollo físico y la educación integral, os recomiendo el gracioso y elegante gorrito de paño rojo vivo, adornado con terciopelo del mismo tono, que aprisiona, como escarlata amapola en un trébol, el flotante y vaporoso velo de muselina de seda, que ondea al viento.

CRÓNICA TEATRAL

Como en Madrid, en la presente época, casi no se pueden señalar novedades teatrales en París, habiéndose cerrado nada menos que los teatros de la Ópera Cómica, Odeón, Campos Eliseos, Sarah-Bernhardt, Chatelet, Capucines, Trianon-Lirico, Nuevo-Ambigú, Palais-Royal, Fémina, Renaissance, etc., etc., porque la lista es larga, y hasta los Music-Halls parecen aterrorizados de afrontar los veranos sin sol y lluviosos de París, y que pudieran muy bien pasar entre nosotros por invierno benigno. Y tan cierto es esto, que un excelente amigo mío, profesor de la Escuela Industrial de Madrid, viene á veranear todas las años á París, desdeñando la playa de San Sebastián.

Aquí la gente veranea, y hasta el más modesto obrero ahorra unos francos todos los años para poder marchar diez ó quince días á cualquier playa barata, como el Tréport ó Cayeux-sur-Mer. Y es que Francia, á pesar de sus tres Repúblicas, es un país muy tradicional, teniendo costumbres harto curiosas, en lo que respecta al veraneo.

Cuando se va á los baños de mar durante los meses de julio y agosto, si la playa es conocida, páganse precios excesivos, y para dejarse ver en los casinos de Trouville ó Dinard, precisa tener la bolsa de un millonario. Mas los propietarios de chalets y pescadores infelices saben cómo sacar dinero á los más desventurados, y cuando las doradas pléyades huyen, á fines de agosto, en busca del cielo de París, ó mejor dicho, de las reuniones de París, las tales playas son invadidas por los *mangeurs de crabes* (comedores de cangrejos de mar), como son despectivamente llamados los pobres que van en busca de la salud ó del descanso en el mes de septiembre. Y entonces sí se encuentran verdaderas gangas. Un señor conozco yo que por cien francos, por todo el mes de septiembre, se alojó en una magnífica villa normanda que paga-

ba cinco mil francos por la *season* elegante, y en la que había vivido esc año un conde de lo más estirado de la nobleza francesa. Además, como el mes de septiembre es el mes de la fruta, y la tal villa tenía un espléndido huerto, figúrense cómo se pondría el cuerpo...

¡Ah! pero si no recuerdo mal, tratábase de escribir una crónica teatral parisiense. Ustedes perdonen, mas hago lo mismo que los cómicos del bulevar, que quieren charlar de las novedades teatrales del verano y terminan por cortarle un traje á la suegra, faltos de mejor tema; ó se consagran al tranquilo deporte de la pesca, asistiendo á los concursos anuales que organiza el periódico *Comedia*.

El domingo 19 de julio, á las nueve de la mañana, en el lago de Enghien, se disputó los títulos y recompensas que con tal ocasión se otorgan, por 159 artistas de los distintos teatros de París. Á pesar de lo matinal de la hora, numeroso público asistió á la pesca encarnizada, impaciente de aplaudir al vencedor, y sobre todo á la vencedora, porque las mujeres mostrábanse en verdad impacientes, mirando con tristeza á un compañero afortunado que sacaba del agua un pececillo incauto y que parecía estar diciendo: ¡cómedme! ¡Oh! ¡si las lindas artistas hubieran podido ejercer la influencia de sus encantos con los pescados, ó haber dejado en seco el lago con el fuego de sus miradas! Mas no hay posibilidad de emplear tales medios, y tristemente asistieron al triunfo de M. Albens, del teatro Déjazet, que pescó veinte peces, es decir, ¡295 gramos de pescado! Como se ve, no abundan los besugos y las truchas, aunque parecza mentira, y si se cae uno al agua casi podría asegurarse que no será devorado por un tiburón. En fin, con tan sabroso pretexto, reuniéronse todos en fastuoso banquete, comiendo á dos carrillos y brindando por la prosperidad del arte francés.

Y como hace calor, ó mejor dicho, debiera hacerlo, los teatros al aire libre

¡han abierto sus puertas! El joven poeta Mauricio Rostand, deseoso de mostrar sus talentos, á fin de hacer ver que su harto famoso padre tiene un continuador digno de él, ha dado una nueva obra, un poema dramático en un acto, titulado *Septentrión*, en el *Pré-Catelan*.

En este poema dramático se han despreciado todos los recursillos teatrales que pudieran colaborar al éxito, siendo, en suma, un poema recitado por varias personas.

El principal personaje de la obra es un bailarín ideal, que abandonándose por entero á su arte, olvida cuanto le rodea y no oye las voces quejumbrosas de los que le imploran.

De pronto, en la lejanía, óyese la voz desesperada del padre, que le llama en su auxilio, mas inútilmente, porque *Septentrión* continúa baila que te baila. Mas la cosa se pone seria. Derrúmbase la casa, y el mar avanza amenazador, como si quisiera tragárselo todo, inclusive al autor. Tranquilícense; pero no, horrorícense. Los campos y las personas son arrastrados por el mar enfurecido, y mientras tanto *Septentrión* baila que te baila.

Para estos cataclismos no ha sido puesta en juego la maquinaria teatral, y el joven poeta se ha contentado con que los personajes vayan recitando lo que pasa allá, en la lejanía. ¡Y yo baila que te baila, digo, escribe que te escribe!

Claro está que la obra tiene un símbolo, el de la Naturaleza radiosa que á través de los siglos continúa su obra, haciendo que cada primavera nazcan nuevas flores, y que los pajarillos canten sus amores con el mismo entusiasmo y hasta sin dar notas falsas.

La prensa francesa ha juzgado, con la benevolencia debida al ilustre autor de sus días, la obra de Rostand hijo, pero gastándole algunas bromas, y así nos hemos enterado de que, cuando le preguntan si ha escrito solo la obra, responde ingenuamente:

— No, en colaboración con mamá.

En el mismo *Pré-Catelan* entrenóse otra obra sin importancia, el *Silencio*, de León Franc, y que se aplaudió amablemente al final.

Los bailes rusos, que tanto gustaron en París y que probablemente veremos aún el año próximo, hacen que la gente siga á estos artistas extranjeros en sus peregrinaciones por Europa. Desgraciada-

mente, la hermosísima artista Pavlova, sin duda una de las mujeres de líneas más perfectas y elegantes, ya no vendrá á París, mejor dicho, ya no vino á París, porque casada en Rusia con un rico personaje, ha abandonado las tablas. La señorita Balachova y su acompañante Miguel Mordklin han obtenido grandísimo éxito en Londres, y aun hay quien asegura que la Balachova posee una ciencia coreográfica inimitable.

Con los bailes rusos ha ocurrido una cosa, si no extraña, al menos digna de notar: el imperio de las modas rusas en París. Á raíz del triunfo de los artistas rusos, todo París lanzóse por el camino de las compras de tapices rusos, jarrones y hasta trajes, y es que los colores sombríos de las tapicerías y adornos rusos eran algo desconocido en la capital de Francia; porque aunque la gente rica abunde, quizás con exceso, no todos se deciden á hacer un viaje hasta el imperio del zar. Y por cierto, que hablando de viajes á Rusia, el de Poincaré se anuncia medianejo. Primeramente, con motivo del asunto Caillaux, los periódicos parisienses maldito si se acuerdan de su presidente, dedicándole alguno que otro artículo sin importancia, y gracias. Además, según noticias, los cosacos han tenido que intervenir para contener á los manifestantes, que en número de 150.000 intentaron acercarse al cortejo presidencial, sin duda para hacer ver que todo el monte no es orégano, es decir, que el problema político y financiero de Rusia es harto complicado y que hay muchos miles de infelices implorando y sin pensamiento alguno de meterse en empresas guerreras, más ó menos convenientes para el equilibrio europeo.

El *Journal*, con torpeza risible, y para atenuar el mal efecto que el anuncio de estas manifestaciones pueda producir en Francia, dice en uno de sus párrafos, sobre poco más ó menos: « estos tumultos, por lo demás, no tienen gravedad alguna; y cuando tal cosa ocurre reprímense fácilmente, haciendo que vengan los cosacos de determinada región ». Esto es como si cualquiera de nosotros dijéramos ante la amenaza de una revolución: no tenga cuidado alguno, echaremos las tropas á la calle y fusilaremos á cuantos se pongan al alcance; ¡y tan fresquitos!

Las vacaciones han sido también causa de que una simpática artista belga muera

á consecuencia de un accidente de automóvil.

La señorita María Medts, conocida en el medio teatral con el nombre de Manette Simonet, volvía á Bruselas, después de haber hecho una larga excursión en el vehículo de uno de sus conocidos, banquero, cuando en medio del camino echaron de ver, de pronto, un carro que avanzaba en la misma dirección que ellos. Á fin de no tropezar con este carro, y como el automóvil iba de prisa, el que lo conducía hizo girar bruscamente el volante. La distancia, mal calculada, lanzó al automóvil á la cuneta de la carretera, volcando. La desgraciada artista, poco tiempo después del accidente, fué sacada de debajo del coche con el cráneo completamente fracturado.

Otro accidente menos grave, pero también lamentable, fué el fracaso de la compañía española que formó el señor Rellmeyer, con más entusiasmo que dinero. Y este fracaso es tanto más de lamentar cuanto que el conjunto era bastante aceptable, y en París son muchos los españoles que gustaríamos de ver representar obras genuinamente españolas, y en castellano.

En París, en donde triunfaron los bailes rusos, no veo inconveniente que se oponga al éxito del teatro español, sobre todo de las piezas como el *Dúo de la Afri-*

cana, el *Puñao de rosas*, la *Viejecita*, la *Generala*, etc., etc., cuya música es encantadora y alguna de las cuales posee toda la brillantez característica de nuestras costumbres regionales, que tanto se explotan en el extranjero, y principalmente en París, pues no hay un *restaurant de nuit* lujoso sin una pareja de bailarinas españolas, y hasta existen establecimientos montados con el fin de deslumbrar á los parisienses con remedos de la alegría de las fiestas andaluzas. Es tanto más de lamentar que no haya teatro español en París, porque así la gente conocería lo bueno de nuestra producción literaria y musical, evitando que unos cuantos señores, muy osados y sin más amor que su bolsillo, nos pongan en ridículo con pantomimas entretenidas, pero sin un átomo de verdad.

En París hay mucho español y americano, mas en cuanto se trata de dar dos pesetas, salvo honrosas excepciones, la gente se achica y el entusiasmo se apaga y queda más frío que el hielo. No sería mala idea la de publicar la lista de todos los pésimos compatriotas que con pretextos inadmisibles se negaron á comprar billetes. Pero, ¡diablos!, eso equivaldría á quedar mal con casi toda la colonia, y figúrense qué disgusto.

ANTONIO MUÑOZ PÉREZ.

*La falta de espacio nos obliga á dejar para el próximo número
nuestro folletín*

El hombre de los dos cuerpos

y la campaña que hemos emprendido sobre

La higiene de los argentinos: El Cognac



Ensalada

POR

LUIS BONAFOUX



ESTA vez, como en veces anteriores, la fiesta nacional de la toma de la Bastilla se ha señalado por paradas militares, brillantes, marciales, con alguna que otra caída de alguno que otro general. Años atrás le tocó la china al propio ministro de la Guerra. Este Catorce de Julio no llegó á tanto la despampanadura, siendo así que se limitó al general Vaimbois, cuyo caballo, durante la parada de la guarnición de Nevers iba, según los periódicos, «á galope tendido», y provocó la caída del eximio jinete.

He aquí la principal razón de que yo — que no soy general, y ya no me parece probable que lo sea — me haya mostrado siempre refractario al galope tendido cuando he ido á caballo, cosa que me habrá pasado tres ó cuatro veces en el curso de mi existencia, porque yo odio el caballo, prefiriendo, con mucho, el asno, que es más sesudo y camina más despacio.

Pero no dejo de reconocer que el galope tendido, como también la cabalgadura, impresiona al público. Sabido es que influyó sobremanera en la admiración y sumisión de los indígenas de América á los conquistadores que fueron de España, el que estuviesen éstos montados en caballos, antojándoseles á los indios que el jinete y la caballería formaban una sola pieza, cosa que suele ocurrir también en estos tiempos que corren, como el general Vaimbois, á galope tendido.

Otro signo inevitable del verano es la flor que todos los años, por este mismo tiempo, los periódicos, ayunos de original para la imprenta, hacen que la emperatriz Eugenia coja en el jardín de las Tullerías. ¿Por qué en este jardín, cabalmente, y no en otro cualquiera de los muchos de París? Porque con la flor de las Tullerías se hacen crónicas literarias del género romántico-cursi.

Esta vez le tocó hacerla á *Le Matin*, se-

gún quien, un guardia, viendo á la egregia dama coger una flor de las Tullerías, fué derecho á ella y le preguntó por su nombre, entablándose el siguiente diálogo:

« — ¿ Su nombre de usted ?

— Eugenia — respondió, temerosa, (!!) la emperatriz.

— ¿ Eugenia ? Eso no es nombre. En fin, váyase usted. Pero... ¡ cuidadito con volverlo á hacer ! »

El indicado periódico pudo aprovechar la ocasión para advertir á los señores guardias, en general, y al susodicho bárbaro en particular, que no tienen derecho alguno para contestar á las damas, como dice *Le Matin*, « d'un ton bourru »; no sólo porque *bourru*, etimológicamente considerado, viene de burro, sino porque á las señoras, emperatrices ó no, hay que tratarlas con miramientos. Una cosa es *faire procès-verbal*, cuando haya lugar á ello, y otra cosa es meter la pata, que de un guardia, y con esta temperatura del frito, es algo así como un *piéd de cochon pané*.

No sólo en París se deja sentir la literaturitis estival. También en Madrid está haciendo estragos, con motivo y ocasión de la muerte del torero Freg. ¡ Qué crónicas tan grandilocuentes y tan *sentidas* — por quien las lee — se vienen escribiendo contra las corridas, por periodistas que no pierden una ! Sin duda, el cronista experimenta un *sadismo sui generis* en incurrir á sabiendas en lo propio que censura. Cavia, por ejemplo, ha protestado; pero *Sobaquillo*, con sus revistas taurinas, ¿ no ha influido en la afición ? No es que me parezca mal, no. Cada pueblo tiene sus espectáculos, y ninguno de éstos es mejor ni peor que otro. Mientras Madrid no hablaba más que de Freg, Londres, con todo de ser la metrópoli del mundo, no hablaba más que de Carpentier. Seis mil de sus admiradores le esperaron en la estación de Charing-Cross y, desenganchando entre vito-

res los caballos del carruaje que había ido á buscar al púgil francés, lleváronle triunfalmente en hombros. *Bien des entrés de souverains étrangers n'ont pas été salués de telles manifestations d'allégresse*, telegrafió el corresponsal de *Le Journal* en la capital británica. *They do more for him than for the king*, decían los ingleses, y agregaban: — No sabemos si se recibiría tan bien á Rodín ó á Anatole France.

El propio rey Jorge hizo llegar á M. Dick Burge, promotor del pugilato, el siguiente mensaje:

« Buckingham Palace.

» Su Majestad me ha ordenado que transmita á usted las gracias por el mensaje que me ha remitido de parte del señor Jorge Carpentier y del Sr. Eduardo Smith, y por los sentimientos que expresa. »

Y por orden también del monarca, el duque de Connaught le interrumpió en un baile para notificarle el resultado del desafío Carpentier-Smith. ¡Que mucho que los franceses pusieran algo de *chauvinisme* durante el *match* en los puños de su campeón, y que los americanos, paseando

grandes banderas estrelladas, cuando Smith apareció en el coso, pusieran algo de *jingoismo* en los puños del suyo!

Si; cada pueblo tiene barbaridades que le son gratas, llámense corridas, ó carreras ó pugilatos. ¿Con qué derecho yo, por ejemplo, entusiasta aficionado á las riñas de gallos, y su asiduo espectador en galleras de América y de España, criticaría á los entusiastas del « fenómeno » Carpentier ó del « fenómeno » Belmonte?...

Otra cosa muy distinta es dolerse de que un Rodín ó un Anatole France no recaben, por lo general, el homenaje público que merecen. Pero... ¿qué se le ha de hacer? *C'est la vie!*

Chamberlain, de quien decía Bismarck que era *ein wilder Junge*, ha atronado con su muerte á Inglaterra, mientras que Malatesta, después de implantar, bien que por breve tiempo, la república en una provincia de Italia, regresó silenciosamente y disfrazado de labrador, al gran refugio de atormentados y vencidos que se llama Londres.

... ¡Cuánta sangre derramó Chamberlain, sin embargo!

♦ ♦ ♦

TODO ESTÁ EN EL CORAZÓN

◉ DOLORA ◉



La reina que enloquecía
por don Felipe el hermoso
la tumba al ver de su esposo :
— ¡Todo está allí! — se decía.
Sus restos exhumó un día,
mas nada allí vió; y así,
en vez del — ¡Todo está allí! —
desde tan triste ocasión,
señalando el corazón,
decía : — ¡Todo está aquí!



R. DE CAMPOAMOR.

"La Quincena Parisiense"

♦ ♦

Todos los grandes procesos inspiran siempre más interés que un estreno teatral ó que el primer cogotazo que recibe un amigo cariñoso.

El ver, de cerca, la cara que pone un procesado ó procesada es una de las manías de la gente aficionada, y hay quien, por poseer un billete para las vistas sensacionales, sería capaz hasta de dejarse afeitar la cabeza y presentarse ante los conocimientos como si llevara un queso de bola sobre los hombros.

En esto, las señoras son de las que más deseos sienten por asistir á los procesos sensacionales.

— ¡Oh, mi querida amiga, mañana tenemos la vista de Gourgoul, ese asesino implacable que se comió los hígados de un droguero.

— ¿Cómo? ¿Es mañana? ¡Pero si yo tenía encargado á la modista un traje color « actuaciones judiciales » para asistir á la Audiencia y la muy pícara me dijo que no era hasta la semana que viene!

— Yo ya he tomado mis precauciones, hasta el punto de que he mandado los chicos á casa de mi suegro y le he encargado á la cocinera que sólo ponga flambres. La última vez que estuve en la Audiencia, había comido riñones con salsa y apenas comenzaron las declaraciones sensacionales comenzaron á hacerme daño los riñones.

— ¿No sería por la emoción?

— Parte por eso, parte porque uno de los guardias republicanos me tenía metido el codo por el estómago.

Cuando cae un proceso de la naturaleza del que se ha visto hace poco en la Audiencia de París, entonces las pasiones se



desbordan, los ánimos se excitan y pica la curiosidad, mucho más que el sol en agosto.

Es preciso conocer todos los detalles, averiguar hasta el número de botones que tienen los guantes de la procesada y conocer á fondo los gustos de la mayor parte de los jurados.

Afortunadamente, en estas grandes ocasiones, es cuando surgen los señores bien enterados de todo ó que pueden dar detalles hasta de cómo se llama la planchadoradel fiscal que ha sostenido la acusación.

— ¿A que no sabe usted lo que hizo anoche el abogado defensor?

— Consultar algún proceso célebre, desentrañar el código...

— Ir á Magic-City y ponerse á dar vueltas en la montaña rusa.

— Quizás fuera con ánimo de refrescar las ideas.

— Es posible, pero se hizo acompañar de una rubia que parecía, por sí sola, uno de los accidentes de la referida montaña.

Estos apasionamientos por los grandes procesos son siempre los mismos y, así como por regla general se siente cierto desprecio por una conferencia científica ó por un discurso sobre la vida de los filósofos griegos, digan ustedes que va á comparecer ante los tribunales una niñera bretona que para hacer callar á un chico le metió en la tinaja de la lejía y verán como hasta hay tiros por no faltar á ese espectáculo, siendo muchas las almas sensibles que compadecen á la niñera irascible.

— ¡Pobrecilla! Realmente, los chicos son insufribles.

Y el jurado debe tener en cuenta que aquel día la dolía la cabeza á la pobre muchacha.

— A quien yo traía al banquillo de los acusados era á los padres.

— ¡Naturalmente! ¿á quien se le ocurre tener hijos?

Estos procesos de resonancia son interesantísimos y se comprende que todo el mundo quiera asistir á ellos.

Se conoce que nadie hace falta en su casa...





Parte de la prensa se ha extrañado de que á un señor que proponía á los panaderos mezclar tierra silicea con la harina, no se le haya castigado duramente. ¿Para qué? ¿Es que ese sería el primer caso en que los materiales de construcción formarían parte de los alimentos? No. Ya ha ocurrido varias veces, que en el café se pide un bollo, para mojarlo en cualquier líquido y aparece el camarero trayendo un ladrillo en una bandeja.

— ¿Qué es esto?

— Es todo lo que nos queda. Durante la tarde hemos servido pedazos de madera, cortados en tiras, pero se nos han acabado.

Esto, siquiera, es una confesión sincera, lo malo es, cuando al hincar el diente á una cosa que debería ser solomillo, aparece allí incrustado un pedazo de badana.

— ¿Qué es esto?

— ¡Vaya, otra torpeza del cocinero! Usted perdóne, pero como hacemos los solomillos de sombreros viejos, le tengo encargado que les quite bien el forro y se conoce que se ha descuidado.

Otras veces son cuerdas de guitarra las que hay en la sopa de fideos y no es extraño encontrar fragmentos de papel secante en una mayonesa de langosta.

Al confesar lealmente que debe mezclarse la tierra con la harina, para hacer más consistente el pan, el ciudadano en cuestión ha pensado sin duda, que los panecillos no sólo sirven para matar el hambre sino para discutir entre los matrimonios. Por eso, cuanto más duros sean, mucho mejor.

— ¿Cómo, vas á salir hoy también?

— Es que los amigos...

— No hay amigos que valgan, eres un infame.

— Y tú una arpía.

— ¿Yo? ¡Sinvergüenza!

¡Pim! ¡Pam! Los panecillos vuelan por el aire, y uno, más endurecido que el alma de un usurero va á dar en un ojo al marido.

— ¡Rediez! dice éste, y piensa que los tribunales han sido excesivamente benignos al no ordenar que sea guillotinado el

ciudadano á quien se le ha ocurrido lo de endurecer la harina.

Después se coloca un pañuelo sobre la parte dolorida y sale de su casa pensando: ¡Vaya, que si se le ocurre á los panaderos meter piedras en los panecillos, á estas horas estoy como si me hubieran cogido los insurrectos mejicanos.

Claro está que la facilidad de confeccionar un plato sabroso con cualquier objeto hallado á mano, es de indiscutibles ventajas para las personas á quienes les salen varios convidados como podrían salirles diviesos.

— ¡Dios mío! Ahí está M. Durand, mijefe de oficina, que dice que se queda á cenar.

— ¿Viene solo?

— Casi, porque no ha traído más que la mujer, el cuñado, dos chicos, y un primo tartamudo.

— ¿Qué dice?

— Nada, porque como es tartamudo, le cuesta mucho trabajo hablar.

— Digo el jefe.

— Ah, pues ese, reconoce que se contentará con cualquier cosa.

— ¿Sí? Pues ahora mismo voy á dar órdenes á la cocinera de que ponga con salsa una manga de tu gabán de invierno.

— Pero ¿estará comestible esa prenda?

— ¡Excelente! Acuérdate que el mes pasado le servimos el cuello empanado á tu tío Isidro, y nos pidió la receta para que en su casa le guisaran un macferlán que se le ha quedado estrecho.

— ¡No hay más que hablar! ¡Vamos á guisar el abrigo!

Alguna ventaja habría de tener la adulteración del comestible.

El calor aprieta, el momento de pensar en el oleaje se impone y, según parece, este año el mar ha hecho tales progresos que sus olas no son olas sencillas, como siempre, sino ¡Hola! ¿cómo va?

Decididamente progresamos la mar.

Es decir, la mar y sus olas.

A. R. BONNAT.



EL GRAN MUNDO

Parece confirmarse que S. A. R. el infante don Fernando contrará matrimonio con la señora duquesa de Talavera en el próximo mes de octubre.

Se dice que el acto religioso se verificará puramente en familia, y en San Juan de Luz, en « Villa Eden », residencia veraniega de S. A.

Se añade que bendecirá la unión monseñor Ragonessi, nuncio de Su Santidad en Madrid.

Apadrinado por el marqués de Ahumada, y en manos del deán de la catedral de Granada y caballero de Santiago señor Antúñez, ha prestado juramento como caballero de la Real Maestranza de Ronda, el señor D. José Nicolás de Melgar Álvarez de Abreu, hermano menor de los marqueses de San Juan de Piedras Albas, de la Regalia y de los condes de Villamonte, cuyas ilustres familias, así como numerosas personalidades de la aristocracia, concurrieron a la solemne ceremonia, siendo muy admirado en ésta un crucifijo, antigua obra de arte italiano, donación del Papa Alejandro VIII a un marqués de Canales de Chozas. El último poseedor de dicho título, padre del nuevo caballero, falleció el pasado año en su palacio de Avila.

Ya regresó a Buenos Aires la señora Leocadia Quirno Costa de Terry, a quien acompañaban su hijas Leonor y Solera.

Han llegado a París la condesa de Catalbuturu y los marqueses de Sancha.

En unión de su amable señora y su encantadora hija e hijos, ha regresado a París, procedente de Buenos Aires, nuestro respetable amigo señor D. Ciriaco Morea, uno de los mayores importadores que honran la colonia española del Plata.

El señor Morea sale para Pamplona, donde pasará las hermosas fiestas de San Fermín, marchando luego al Roncal a examinar las magníficas explotaciones que juntamente con sus consocios y amigos ha instalado en Navarra, llevando la actividad y el desarrollo industrial y comercial a aquella hermosa región.

Después de dejar sus hijos menores en Inglaterra, para proseguir los estudios que realizan, los señores de Morea marcharán a San Sebastián, donde pasarán la estación veraniega.

Se encuentra en Vichy el distinguido Cónsul de la Argentina, señor Pedro J. de Cádiz, en unión de su amable señora.

Sigue mejorando después de la ligera operación que ha sufrido en el oído, el General Reynolds, Cónsul General de la Argentina en París, que es muy visitado en estos días, por sus numerosas relaciones.

Marcha para Londres, acompañado de sus sobrinas, el señor Rosetti, director General de Comunicaciones de la Argentina.

De esta capital han regresado a Bilbao la marquesa viuda de Casa-Torre y la senora de Salazar (don Luis).

En visperas de su viaje de regreso a Europa, el señor Gómez Carrillo fué objeto en Buenos Aires de afectuosas demostraciones, entre las que se anota el almuerzo ofrecido en su honor por D. Angel de Estrada (hijo), que dió margen a una interesante reunión.

Eran comensales los señores Angel Estrada, José Luis Murature, Jorge A. Mitre, Manuel Láinez, Mariano de Vedia, Francisco Uriburu, Ernesto Vergara Biedma, Francisco Sicardi, Alberto J. Martinez, Enrique García Velloso, Ricardo Rojas, F. Lafone Quevedo, José M. Urien, Pedro de Estrada, Manuel Gálvez, José M. Jordán y Arturo Beruti.

También fué obsequiado en la redacción de « La Nación » con una comida.

Desde hace unos días, un tren de lujo diario recorre el trayecto de París a Barcelona en 18 horas.

Dicho tren, por su rapidez y condiciones de comodidad, da grandes facilidades a los señores viajeros que deseen embarcar en Barcelona, en los magníficos y rápidos vapores de la Compañía Transatlántica para Montevideo y Buenos Aires, « Reina Victoria, Eugenia » e « Infanta Isabel de Borbón », cuya Compañía tiene además establecido un servicio de tránsito para los equipajes, que evita a los señores pasajeros las molestias del registro de aquellos en la Aduana de Port-Bou, frontera Española.

En la Agencia de pasajes de la Compañía Transatlántica, 3, rue Meyerbeer, se facilitan cuantos informes se deseen respecto al particular.

Capítulo de Bodas en Buenos Aires.

Se han efectuado las siguientes: de la señorita Alma Frers con el ingeniero Tomás Amadeo, siendo padrinos doña Sofía Lynch de Frers y D. Octavio Amadeo; de la señorita Angélica López con D. Carlos Borzan; de la señorita María Ofelia Morel con el teniente primero Jacobo Francisco Parker, siendo padrinos doña Josefina Olivera de Randle y D. Jacob C. Parker; de la señorita Susana Blanco Cambaceres con D. Vicente Ocampo, actuando como testigos los señores Atilio Palma Garzón, Emilio Ocampo, Eduardo G. Moreno, Jorge Reia, Matías Errázuriz y Rafael Jiménez; de la señorita María Celia Irigoyen con el doctor Enrique César Urien, siendo padrinos doña Angela Noguera de Urien y D. Ignacio B. Irigoyen; en Rosario, el de la señorita María Sofía Tixier, de aquella sociedad, con D. Emilio Gruget, de la capital federal, siendo padrinos doña María S. de Tixier, madre de la novia, y don Pedro Sauberán, tío del contrayente.

— Ha sido fijado para septiembre próximo el enlace de la señorita Margarita Grana con D. Joaquín Carlos Gerlero.

— El 14 de agosto se efectuará el enlace de la señorita María Eslanislada Pérez del Cerro con el doctor Pablo Pérez del Cerro.

— Se ha concertado el enlace de la señorita Sofía Bosch Torres con D. Roberto Dormal.

Los Hispano-Americanos en París

♦ ♦ ♦

HOTEL RITZ *Place Vendôme*

Ha llegado:

Marquesa Casati.

HOTEL PLAZA *Avenue Montaigne*

Ha llegado:

Sr. y señora Islas, de Valparaíso; Sr. y señora F. Devoto, de Buenos Aires.

Doctor Eduardo Jardon, de Madrid; Sr. Francisco Ron, de Oviedo.

BALTIMORE HOTEL *88 bis, Avenue Kléber*

Ha llegado:

Sr. Pita y familia, de Méjico; Sr. Juan Galveas, de Lisboa; Sr. Angel Gonda, de Méjico; Sr. Rafael Echevaria y familia, de Madrid; Señora Carvalho, de Río de Janeiro; Doctor Vicente Hernández, de Madrid; Sr. Erasmo Pelles y Alvarez, de Cuba; Sr. Luis Azpeña y familia, de Madrid; Sras. Man; diola, de Barcelona; Sras. Palacios y Fernández, de San Sebastián; Sra. Mora y hija, de Lima; Coronel Reinerio de Ramos y señora, de Río; Sr. Alberto Smith y señora, de Caracas.

HOTELS ST-JAMES & D'ALBANY *Rue de Rivoli*

Sr. Fermín de Zavala, de España; Señor Leonardo González, de Tolosa (España); Sres. H. Haly, de La Habana; Duque y duquesa de Zaragoza, de Madrid; Marquesa de Monte Hermoso, de Madrid.

HOTEL LOTTI *Rue Castiglione*

Ha llegado:

Marquesa de Moret, de la Argentina.

HOTEL CARLTON

Ha llegado:

Sr. Durante; Sr. y señora Alamos; Sr. Wrape, Mrs. Bille Wrape.

HOTEL CAMPBELL *Avenue Friedland*

Ha llegado:

Sr. Emilio Orella, de Santiago; Sr. Ramírez Salcedo, de Santiago; Monseñor Gonçalves, del Brasil; Sr. Fausarique, presidente de Haití.

ROYAL HOTEL *Avenue Friedland*

Ha llegado:

Sr. Aguirre y familia; Sr. general de la Fuente y señora; señor d'Aguiare; Sr. y señora Machado.

HOTEL REGINA *Place Rivoli*

Han llegado:

Sr. E. R. de Rooda, de Barcelona; Sr. Alfonso Vallebona, del Brasil; Sr. José Luis Landaiz, de San Sebastián; Sr. J. A. Sargent, de Barcelona; Sr. J. Watson, de Santa Cruz; Sr. Agustín Molteni, de Buenos Aires; Señorita M. Sánchez de Toca, de Madrid; Sr. Manuel M. Antuña, de Madrid; Sr. R. Larrañaga, de Méjico; Sr. E. de la Riva Agüero, del Perú.

HOTEL D'ALBE *Avenue des Champs-Élysées*

Ha llegado:

Sr. de Moraes, de Sao Paulo, Brasil.

HOTEL ASTORIA *(Champs Elysées)*

Han salido:

Señora de Durand y familia; Sr. y señorita Alvez d'Arangan; Señorita C. de Uruea; Señorita J. M. de López; Sr. y señorita de Mottrez; Windenüller; Marquesa d'Amboage.

HOTEL MONTANA *Rue de l'Echelle. (Av. de l'Opéra)*

Ha llegado:

Señora J. Pomés, de Buenos-Aires; Señorita Josefina Martínez, de Santiago.

HOTEL CRILLON *Place de la Concorde*

Ha llegado:

Sr. Robert Bablcke, de Buenos-Ayres; Sr. y señorita R. Almeradez, de Buenos Aires; Sr. y señorita Pérez, de Madrid; Princesa Pio de Savoya, de Madrid; Condesa Castilleja, de Barcelona.

HOTEL MAJESTIC *Place de l'Étoile*

Han llegado:

Sr. y señora Luis Agüero, de Buenos Aires; Sr. y señorita Carlos del Campo, de Santiago de Chile; El Marqués y la Marquesa de Pinar, de Río; Sr. Marco Carvajal, de La Habana; Sr. O. de Louza Dantas, de Río; Sr. y señorita de Jorge, Buenos Aires; Sr. y señorita Augusto Víctor de Santos, de Lisboa; Sr. Guillermo Castillo, de Guatemala; Sr. Alberto Gnani, de Uruguay; Señorita A. T. de Borisso, de Buenos Aires; P. Recio de Morales é hijos, de La Habana; Sr. y señorita V. Rances, de La Habana; Sr. C. H. Molina, de Cuba; Sr. y señorita M. Ribeiro, de Río; Sr. J. R. Capablanca, de La Habana; Sr. Eligio Ros y familia, de Santiago de Cuba; Sr. Frank Finley, de La Habana.

Cuentos del otro jueves

□ □

En el colegio.

— Vamos á ver, niño. Yo le presto á tu padre hasta fin de mes cinco duros; pero le hago un encargo y tengo que abonarle tres. ¿Cuánto me dará á fin de mes?

— Un duro.

— ¡Cómo, un duro! Fíjate, él me debe cinco y yo le debo tres. ¿Cuánto me dará?

— Todo lo más, un duro.

— ¡No conoces la aritmética, hijo mío!

— Pero conozco á mi padre. ¡Un duro, y gracias!

* *

En un examen de Historia Natural.

— Cíteme usted un teleósteo.

Silencio del alumno.

— ¿Tampoco conoce usted los lofo-branquios?

El alumno sigue sin contestar.

— ¡No ha estudiado usted nada! ¡Veamos si por lo menos puede usted decirme algo sobre los mamíferos acuáticos! Piense usted con calma... ¡a ver!... Un ejemplo de un mamífero acuático... Es más; empieza con b...

— ¡Ah, sí! ¡El buzo!

* *

Otro alumno que también se examina.

— ¿Puede usted citarme un invertebrado?



— ¿Han puesto ustedes este anuncio diciendo que desean un caballero que hable inglés y alemán?

— Sí, señor.

— Pues vengo á decirles que yo no sirvo para el empleo, porque no hablo eso.



— El año pasado me regalaron dos perros daneses que se llamaban "Dik" y "Tom" y tan iguales, que se confundían fácilmente. ¡Sobre todo Tom!

Después de pensarlo mucho el joven exclama:

— ¡Un pulpo!

— Muy bien, muy bien. ¿Otro ejemplo?

— ¡Otro pulpo!

* *

Un inglés maniático entra en una barbería para que le afeiten, y saca un revólver, lo amartilla y lo coloca sobre el tocador al alcance de su mano, diciéndole al barbero:

— ¡Como me haga usted el más pequeño corte, le levanto la tapa de los sesos!

El barbero, sin inmutarse, asiente con la cabeza y empieza á enjabonar al inglés.

Este, ante la sangre fría del barbero, le pregunta:

— ¿Está usted tan seguro de sí mismo que no teme afeitarme?

— No es que esté seguro de mí mismo — contesta el barbero — pero si se me va la mano, le rebanaré la cabeza, y en paz.

El inglés guardó el revólver.

* *

Un albañil, al regresar á su casa, encuentra la calle llena de guardias armados, las tiendas cerradas y gran alboroto en los balcones. Al llegar al portal, ocupado por varios polizontes, uno de ellos le sale al paso y le pregunta en qué piso vive.

— En el tercero, izquierda.

— Pues le advierto que en su casa acaba de entrar un león que se ha esca-



- Todos estos sombreros me están chicos.
- ¿Los tiene usted mayores?
- No, ya lo ha visto usted.
- ¿Qué me aconseja usted que haga?
- Mándese hacer un toldo.

pado de la feria y tememos que su señora de usted esté dentro de la casa.

— ¡Pues si está en casa, no doy una perra gorda por el león!

En un garito están jugando al monte unos cincuenta puntos.

Un sinvergüenza que está en pie, se decide á levantar un muerto y dice con aplomo:

— ¡Juego! ¡Dos duros de la sota se retiran, porque si sale la sota va á haber un lio!

El que talla, le da una puesta de dos duros, entre varias iguales que hay.

Y sigue tirando, hasta que por fin sale la sota.

Entonces empieza á pagar las puestas, y cuando ya no queda ninguna, uno de los puntos reclama una puesta de dos duros, que falta por pagar, armándose efectivamente la gran discusión.

— ¿No decía yo que habría lio? — exclamaba muy satisfecho el sinvergüenza.

— ¡Ya lo decía yo!

Gedeón entra en una fábrica de loza y pide que le enseñen tazas para café, pues

tiene que hacer un regalo á un amigo suyo que se casa.

Le enseñan diversos tipos de tazas que va observando atentamente, cogiéndolas por el asa y mirándolas por todos lados. No encuentra lo que desea, pero el industrial no se desanima y sigue desempaqueando nuevos tipos.

Pero al ver que Gedeón no se decide por ninguna, el industrial le dice amablemente:

— No tenemos más modelos y dudo que encuentre usted en ninguna parte lo que no ha encontrado aquí, porque tenemos todo cuanto se ha hecho, á menos que no quiera usted que se lo fabriquemos según dibujo.

— Creo que será lo mejor. Como forma, me gusta esta forma — dice Gedeón — pero, como mi amigo es zurdo, quiero que tengan el asa á la izquierda, en vez de tenerla á la derecha.

Un joven elegante se mete en un restaurant, come opíparamente y al llegar á los postres llama al dueño y le dice:

— ¿Qué haría usted si le dijese alguien que no tiene dinero para pagarme?

— Pues le daría un puntapié...

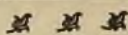
El otro, levantándose, se vuelve de espaldas, recoge les faldones del chaqué y dice muy fino:

— ¡Cobre usted, caballero!



— ¿Pero, á usted, no le han dicho si el yado la quieren para uso externo ó interno?

— No me han dicho nada. En la duda, démelo medio-pensionista.



El campeón de la «Traversía de París á nada», señor Hermant



Vista de las justas que se están celebrando en Lyon. Un combatiente al agua.



Al regreso del campeonato «Vuelta de Francia», los dos primeros corredores Thys y Pelissier dan una vuelta en el «Parc des Princes.»



El boxeador Carpentier, que es el campeón de Europa después de su triunfo contra Gunboul Smith, ha sido aclamado al regresar de Londres.

Guignard, el corredor que hace poco fué herido á consecuencia de una caída, ha ganado el campeonato de Francia (500 metros).



La barquilleta del globo esférico que estalló en las Tullerías en el momento de elevarse, á causa de haberse en-ganchado en unos árboles.



El nadador Legros, campeónato de los aficionados de Francia.



El piloto Blanchet que cayó con Duval de 200 metros de altura en la catástrofe de las Tullerías.

VOYAGES Magazine du TOURISME



Nuestro distinguido amigo el señor Merelo, acaba de lanzar un interesante y bien presentado periódico, en francés, que se titula:

VOYAGES, Magazine du TOURISME.

Como era de esperar, y como le auguramos sus compañeros, esta linda revista ha alcanzado enorme éxito, y el señor Merelo tuvo que hacer dos tiradas del primer número, lo que indica cómo agradó al público.

Según nuestras noticias, el

Magazine **VOYAGES**

se publicará de aquí á poco en español, y seguramente tendrá tan buena acogida como tuvo en francés, pues desde todos los puntos de vista es algo que no tiene similares.

El señor Merelo, además, tiene acreditado su buen gusto en cuanto á estos asuntos respecta.

Nuestra más cordial enhorabuena.